

**GANE 1
MILLON**
DE PESETAS



SIN COMENTARIOS
LOU CARRIGAN

PUNTO ROJO

BRUGUERA

SIN
COMENTARIOS

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Bisonte Serie Azul
Búfalo Serie Roja
Búfalo Serie Azul
Selección Terror
La Conquista del Espacio

Lou Carrigan

**SIN
COMENTARIOS**

PUNTO ROJO

BRUGUERA

1ª edición en España: mayo, 1985

1ª edición en América: noviembre. 1985

Concedidos derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 08006 Barcelona (España)

© Lou Carrigan - 1985 texto

© Norma - 1985 cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X / Depósito legal: B. 11.497 1985

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.A.

Carretera Nacional 152, km 21.650 Parets del Vallés (Barcelona) - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Chase Culp entró en aquel bar con cierto recelo. No porque tuviera miedo, que él no tenía miedo ni a la peste negra, sino porque más bien le parecía sórdido, mugriento y de ésos donde el *whisky* tiene sabor a chinches muertos...

—Los chinches comidos en vivo —solía decir Chester—, todavía tienen un pase, porque están gorditos y resultan sabrosos. Pero si hay algo verdaderamente despreciable y deleznable es un chinche muerto.

De modo que, claro está, la perspectiva de beber *whisky* con sabor a chinche muerto no le hacía ninguna gracia.

Y es que uno se acostumbra a todo en la vida, especialmente a lo bueno. El caso del propio Chase sirve como ejemplo: de procedencia humilde. Chase había conseguido ir escalando puestos en la vida, a base de tres cosas fundamentales: voluntad, valor y honradez. Ahí es nada. Con estas tres cualidades, ¿quién no triunfa en la vida?

Aunque tampoco hay que exagerar. El triunfo de Chase era discreto. Eso sí, tenía una buena cuenta corriente, un buen coche, un apartamento formidable, un chalecito en la playa cerca de Malibú Beach, un armario lleno de trajes, una libreta llena de nombres y teléfonos de chicas, y, para que no faltase nada, su oficina de detective privado, que era de donde provenían todos sus ingresos y todo su prestigio. Cuando se hablaba de investigaciones privadas en la Costa del Pacífico había que hablar de Chase Culp. Y eso que apenas tenía treinta y tres años...

—Oiga —se acodó Chase en el mostrador, frente al barman—, vamos a hacer un trato: usted me contesta con la verdad a una simple pregunta y yo le regalo veinte pavos. ¿Qué le parece?

—¿Cuál es la pregunta?

—¿El *whisky* que tiene usted sabe a chinches muertos?

—No, señor.

—Cojonudo —sonrió Chase de oreja a oreja—. Le debo veinte pavos, más el importe de la botella que me va a llevar usted a aquella mesa. ¿Okay?

—Okay —sonrió también el camarero, encantado de encontrar un cliente amable de cuando en cuando.

Chase se fue a la mesa elegida, la que estaba junto al ventanal que daba a la calle. Unas espesas y sucias cortinas daban un tono discreto al emplazamiento, evitando que los clientes del bar pudieran ser vistos desde la calle. En cambio, el cliente sólo tenía que apartar un poco la cortina y veía el exterior. Perfecto.

Pues sí señor, con treinta y dos y ya en pleno triunfo. Merecido, sin la menor duda. Por lo menos había que admitir, de momento, que Chase Culp tenía valor. Y si no, a ver: ¿cuántos se habrían atrevido a aceptar la cita contenida en aquel anónimo que Chase guardaba en el bolsillo del gabán? Muy pocos, porque el anónimo decía:

Si tiene usted agallas podría cazar por fin a Roscoe Bullock. Si le interesa acuda al bar Minilove el día catorce a las siete de la tarde. Eso está en Santa Mónica.

Y ya está. ¿Que por qué hacía falta valor para acudir a la cita? Pues porque hacía ya tiempo que Chester Culp había dicho a los cuatro vientos que el tal Roscoe Bullock era un criminal, una mala bestia que no merecía vivir, y que si él pudiera lo quitaría de en medio. Eso lo había dicho con todas las letras y dando la cara el señor Culp nada menos que en la televisión.

Así que... ¿acaso era descabellado suponer que la nota anónima se la había enviado a Chase el propio Bullock, para tenerlo a tiro en aquel lugar poco acogedor y cargárselo a él? Podía ser, ¿no? Pues bueno, allá estaba Chase Culp. ¿Que si tenía agallas? Demostrado estaba.

—Su botella, señor —llegó el camarero, depositando la botella y un vaso ante Chase—. No voy a decir que el *whisky* es maravilloso, pero sí le aseguro que es mi reserva especial. Reserva P.P.P.S.

—¿Qué quiere decir?

—Para Personas Positivamente Simpáticas.

Chase volvió a sonreír, sacó un rollo de billetes, tendió tres de veinte al camarero, y éste se alejó de la mesa haciendo planes para una vida mejor. Chase se sirvió el primer trago de *whisky*, lo probó,

miró al camarero y le guiñó un ojo. La cosa iba bien. Todos contentos. Chase miró su reloj de pulsera. Las siete y siete minutos de la tarde. Anoecía.

La puerta del bar se abrió, y entró la muchacha. Llevaba un chaquetón de piel con capucha, cosa lógica, porque la ola de frío era tremenda incluso en la soleada California, así que sólo pudo ver fugazmente un rostro que le pareció bonito. Bueno, chicas como aquélla podía tenerlas él por medias docenas... La chica estaba mirando alrededor, como valorando a la escasa clientela del lugar. Y terminado su escrutinio se fue directa hacia Chase, y se plantó delante de su mesa.

—Buenas tardes, señor Chase. ¿Me permite que me siente a su mesa?

—¿Nos conocemos? —preguntó Chase, poniéndose en pie muy cortés.

—Usted a mí no, porque yo no soy famosa. Yo sí le conozco a usted, ya lo creo. Me llamo Felicia Flammarion. Soy detective privado.

Chase Culp, que había tendido la mano, quedó un instante inmóvil, y hubo en sus ojos un veloz parpadeo de sorpresa. En seguida aceptó la situación como lo que era: un caballero y un tipo listo en absoluto machista.

—Encantado, señorita Flammarion —estrechó la cálida mano femenina—. Por favor, siéntese. ¿Le apetece un *whisky* o cualquier otra cosa?

—Un *whisky* está bien, gracias.

Chase hizo una seña al barman pidiéndole un vaso, mientras la señorita Flammarion se quitaba el chaquetón de piel vuelta. A Chase Culp casi se le saltaron los ojos de las órbitas cuando la muchacha se quitó el chaquetón con capucha, dejando escapar una explosión de rojos y espléndidos cabellos y dejando ver en su nítida perfección, ceñido por el negro jersey, el busto más exquisito que pudiera soñar el más erótico degustador de sesiones amorosas. Y ahora bien mirado resultaba que el rostro de la señorita Flammarion, pecosa y de boca gordita y fresca, era encantador. Nada más verla le entraban a uno ganas de morderle la garganta, acariciarle los pechos y llevársela a la cama.

—Supongo —dijo Felicia, sentándose por fin— que usted

también ha recibido un anónimo.

—¿Eh? —Regresó de sus ensueños Chase Culp.

—El hecho de encontrarle a usted aquí no creo que sea en absoluto casual. Por fuerza tiene que estar relacionado con Roscoe Bullock.

—¿Qué sabe usted de eso? —Frunció el ceño Chase, sentándose.

—Yo he recibido este anónimo —dijo ella, sacándolo del bolso.

Chase lo tomó y lo leyó. El camarero había traído el vaso y estaba sirviendo *whisky* para Felicia Flammarion. Chase miró a la muchacha, todavía frunciendo el ceño.

—Vaya... —dijo—. En efecto, yo he recibido otro anónimo. Y precisamente dice exactamente lo mismo que el de usted y está escrito por la misma mano. Veá.

Le tendió su anónimo a Felicia, que lo comprobó, y asintió. Chase le ofreció un cigarrillo. Ya fumando ambos, la muchacha se quedó mirando fijamente a Chase. Era guapísima, estaba de muerte.

—Se comprende que alguien lo haya citado a usted, señor Culp, por motivos más o menos buenos, porque todo el mundo sabe que se quiere cargar a Bullock. Pero no entiendo por qué me han citado también a mí.

—Tranquila —dijo Chase, entornando los ojos—. No me sorprendería demasiado que en cuestión de minutos fuesen llegando muchos otros colegas nuestros. Y al final, claro, sabremos cuál es la broma. ¿Qué le parece este *whisky*?

—No está mal, considerando el lugar.

—¿Verdad que no? Bueno, bueno, bueno... ¿Y qué? ¿Cómo le van las cosas, los asuntos profesionales?

—No tan bien como a usted —sonrió Felicia—, pero voy saliendo adelante.

—No se desanime. Ya habrá oído decir eso de que la suerte no es de quien la busca, sino de quien la encuentra. Y yo, simplemente, la encontré. Cualquier día puede encontrarla usted.

—Ojalá. Es usted muy... estimulante, señor Culp. Y muy agradable. Yo pensaba que... Bueno, perdone, pero estaba convencida de que era un bocazas engreído. De cuando en cuando da gusto equivocarse.

—Caray —sonrió Chase—, ¡usted sí que es estimulante! Y en todos los sentidos. Esto... Bueno, como le decía, no hay que

desanimarse. Lo que quiero decir es que en cualquier momento puede llegar el golpe de suerte. Es lo que nos ocurre a todos.

—¿Quiere decir que usted está donde está debido a la suerte?

—Claro. Bien entendido que la suerte hay que saber apreciarla y aprovecharla. Cuando llega hay que estar preparados para asirla. ¿Cómo se lo diría...? No basta que usted se encuentre un violín: tiene que saber tocarlo.

Felicia Flammarion soltó una carcajada que le permitió a Chase ver el interior de su boca fresca, limpia, rosada, comestible, deliciosa.

—O sea —dijo Felicia—, que para triunfar en nuestra profesión hay que tener suerte..., pero ser también un buen detective.

—Evidentemente.

—¿Y cuál diría usted que es su... cualidad básica que le convierte en el mejor, señor Culp?

—Caramba, tanto como el mejor...

—No sea modesto.

—Es usted muy amable. ¿La cualidad básica? Yo diría que es a partes iguales la paciencia y una buena dosis de psicología. Porque el factor psicológico influye mucho en las cosas, ¿sabe? Especialmente en los asesinatos... Pero bueno, supongo que usted ya habrá estudiado todas estas cosas de psicología criminal...

—Pero no me molesta aprender más. ¿Debo entender que usted aplica habitualmente sus conocimientos psicológicos en su trabajo?

—Claro. No es que pretenda darle lecciones, ni mucho menos deslumbrarla, pero... ¿sabe a quién estudio yo siempre en primer lugar antes de aceptar un trabajo? Pues al cliente. Analizo lo que viene a encargarme, cómo es él o ella, cómo mira, cómo se mueve, si respira normalmente al hablar o se le altera la respiración... Claro está que los personajes verdaderamente interesantes son los delincuentes. De modo especial los asesinos, claro.

—¿Ha tratado usted con muchos asesinos?

—Cuando decidí estudiar criminología conseguí un permiso especial para hacer una encuesta en tres presidios californianos... Fue toda una experiencia. ¿Usted sabe por qué mata la gente?

—Lo más frecuente es que lo haga por dinero o por cuestiones de sexo, ¿no?

—No me refiero a eso. Le preguntaba si se ha detenido a meditar

sobre... los resortes mentales que impulsan a un individuo a matar. Porque, por ejemplo, robar o estafar, o hasta tener la gracia para hacer un timo, es cosa que está prácticamente al alcance de cualquiera... Ya sabe: pequeños hurtos, engaños, mentirijillas de conveniencia y pequeñeces así puede llevarlas a cabo una persona normal y corriente en un momento dado. Pero matar es otra cosa, ¿no está de acuerdo?

—Por supuesto.

—¿La estoy aburriendo?

—¡Desde luego que no! Me encanta escucharle, señor Culp. A decir verdad, soy una admiradora suya.

—¿Qué te parece? —sonrió Chase—. De modo que hasta tengo admiradores... Oiga, que soy un detective, no un cantante.

—Yo también.

Se echaron a reír los dos. Chase miró su reloj. Eran ya más de las siete y cuarto.

—Me parece —dijo— que nos han tomado el pelo a los dos.

—Oh, pero no ira usted a marcharse. ¿Por qué no continúa hablando de todo eso? De verdad: me gusta escucharle. ¿Cómo ve usted el acto de matar?

—Depende... —Chase echó una miradita al exterior apartando un poco la mugrienta cortina pegada al cristal—. Sí, depende. Por ejemplo, se puede matar y hemos cometido un homicidio, y se puede matar y hemos cometido un asesinato. Usted sabe sin duda cuál es la diferencia, señorita Flammarion.

—Sin duda. Homicidio es «la muerte causada a una persona por otra», y asesinato es «el acto de matar alevosamente, o por precio, o con premeditación».

—Exacto. Si usted y yo discutimos, y en el acaloramiento usted agarra esta botella y me mata de un golpe en la cabeza, es un homicidio. Los homicidas, generalmente, se horrorizan luego de lo que han hecho, y suelen entregarse; y si creyendo que nadie los ha visto optan por escapar, dejan tras de sí tal cantidad de pistas, empezando por la que significa su relación con la víctima, que pronto caen en manos de la policía. Digamos que sí usted me matase de un botellazo durante una discusión, mi muerte sería... no accidental, pero si circunstancial. Cosas que pasan. Pero el asesinato ya es bombón de otra caja.

Felicia volvió a reír, y ahora fue ella la que apartó la cortina para mirar al exterior. Bien mirado, allá no se estaba mal. No era un sitio selecto, pero había un cierto ambiente agradable. Algunos clientes dirigían miradas furtivas a los dos detectives, especialmente a la guapísima Felicia, que bebió otro sorbito de *whisky*. Sentados frente a frente, uno a cada lado de la mesa y ambos de costado con respecto a la ventana, se dirigían mutuas miradas de mal disimulado interés y escrutinio.

—¿Cómo analiza usted un asesinato? —preguntó Felicia.

—Bueno, estamos hablando del asesinato planeado, ¿de acuerdo?

—Oh, sí, por supuesto.

—Ése es el que me tiene más... fascinado. El asesino en potencia hace planes, inventos, preparativos más o menos fantásticos nada menos que para cargarse a otro ser humano y quedar impune. Y cuando está convencido de que las cosas le van a salir a su gusto, ¡zas!, asesina a la víctima. ¿Usted no cree que hay que ser... especial para esto, no le parece que los asesinos tienen unas... circunvoluciones mentales especiales? ¿O cree que son personas iguales que nosotros?

—La verdad es que no he analizado eso... ¿Usted qué opina?

—Bueno, yo no creo que un asesino sea igual que nosotros, francamente. Hay que tener algo especial para degollar a una persona, o meterle dos balas en el corazón a quemarropa, o clavarle un cuchillo y oír sus gritos, y ver cómo brota la sangre, y sentir su desorbitada mirada sobre nosotros, oír sus estertores, contemplar su agonía, sus sacudidas, escuchar su último aliento...

—¡Caray, señor Culp! —Se estremeció Felicia—. ¡Qué expresividad la suya!

—No pretendía molestarla.

—No, no es eso. Es que... he sentido... un escalofrío.

—Lo siento. Debe ser el tiempo. Creo que en algunos sitios hasta hay nieve. Dígame: ¿nunca se ha preguntado qué hay dentro de la cabeza de un asesino? ¿Lo mismo que dentro de la nuestra?

—Se diría que no.

—Claro que no. Fisiológicamente somos iguales, pero tiene que haber algo diferente en ese cerebro. Y le voy a confesar una cosa, señorita Flammarion: a mí me encantaría asesinar a un asesino.

—¡Está bromeando!

—Claro que no. Me gustaría... arrancarle el cerebro, desmenuzárselo lenta y primorosamente hasta encontrar en cualquier húmedo y pringoso rincón de él ese... extraño factor psicológico que, al parecer, le da fuerzas y agallas al asesino para arrebatarse la vida a otra persona.

—Cielos... —alentó Felicia, muy abiertos los ojos y adelantando los jugosos labios—. ¡Me está usted asustando, señor Culp!

—No hay para tanto... —Frunció el ceño Chase—. Sin duda habrá escuchado usted relatos mucho más escalofriantes que mis palabras. Mire, yo conozco uno de lo más retorcido. Me lo contó un teniente de Homicidios amigo personal mío que sabía quién había hecho qué pero no tenía manera de probarlo... ¿Quiere que se le cuente..., aunque cambiando los nombres reales?

—¡Ya lo creo! ¡Sí, por favor!

—Es un caso que podríamos incluso ponerle un título... De hecho mi amigo ya se lo ha puesto. Y ese título es...

AUTOPSIA

Hacía mucho tiempo que Margaret no se contemplaba con tanta satisfacción en el espejo. Aunque quizá satisfacción no era la palabra exacta. Tranquilidad. Eso era: tranquilidad.

La satisfacción por su belleza casi había llegado a desaparecer precisamente porque nunca, desde que se casó, la había contemplado con tranquilidad. Eso era: tranquilidad. Era muy hermosa, y lógicamente eso la había satisfecho mucho durante una muy buena parte de su vida. Pero luego se casó, y al poco la satisfacción por su belleza se fue desvaneciendo. ¿Cómo podía estar satisfecha de lo que, precisamente, le causaba más sinsabores?

Aunque en realidad no era su belleza la que originaba los sinsabores, sino Bob, su marido. La vida con él había sido años de tortura. Al principio, y por muy poco tiempo, todo fue bien. Luego, primero lentamente y muy pronto de modo vertiginoso, los celos de Bob convirtieron la vida de ambos en un desastre. Si ella hubiera sido fea seguramente Bob no habría tenido tantos celos, pero no lo era. Era hermosa. Una hermosura, una belleza blanca y fragante que había llenado su vida de intranquilidad por causa de los feroces celos de Bob.

Pero ahora Bob había muerto, y ella podía contemplarse al espejo con tranquilidad. Y también con satisfacción. ¡Cielos, la pesadilla había terminado, no podía creerlo!

Y todo gracias a Mark. Había sido Mark quién había tenido la idea. Una idea que a ella le había parecido increíble, y en la que estaba segura de que no podría tomar parte de ninguna manera. ¡Parecía todo tan disparatado! Pero Mark había insistido una y otra vez, y ella tuvo que ir aceptando las probabilidades, ya que no las seguridades que le daba. A fin de cuentas. Mark, al igual que Bob, era médico. En ocasiones Margaret había pensado que su destino se había mostrado duro pero generoso con ella: por un lado, la puso en

el camino de Robert Dewey, que la hizo su esposa, y, aunque fue una experiencia terrible, precisamente gracias a sus relaciones con la profesión médica fue que pudo conocer a Mark.

Una cosa iba por la otra.

¡Eran tan diferentes! Cosa chocante, ambos eran médicos y no podían ser más diferentes. O quizá no era chocante. Realmente, ¿por qué han de parecerse dos personas por el simple hecho de pertenecer a la misma profesión?

Como fuese, gracias a ser esposa de un médico al que había dejado de amar conoció a otro al que amó apenas conocerlo. Gracias al marido médico que ya no amaba conoció al hombre médico al que amó apasionadamente apenas sus miradas se cruzaron. Y no es que Mark fuese más guapo que Bob, nada de eso. En ese sentido sí que se parecían: ambos eran jóvenes, fuertes, hermosos. Pero mientras el carácter de Mark era tan dulce, romántico y comprensivo, el de Bob se había ido deteriorando por culpa de los malditos celos.

Y precisamente los celos fueron los que provocaron por fin la auténtica infidelidad de Margaret. Hasta conocer a Mark, y pese a diversas oportunidades para engañar a Bob, nunca lo había hecho: pero cuando conoció a Mark se dijo que, puesto que Bob le amargaba la vida con unos celos atroces y además infundados, lo menos que se merecía era que, por fin, ella lo engañase. Y con alguien que valía la pena, desde luego. De modo que a los muy pocos días de conocer a Mark se hicieron amantes.

Muy bien. ¿No había estado Bob amargándole la vida con sus absurdos celos, sin motivo alguno? Pues ¡ahora le había tocado a ella darle motivos de verdad para que tuviese celos! De modo que sí, ella y Mark se hicieron amantes. Y se desarrolló una pasión tal entre ellos que, inmediatamente, surgió la idea del divorcio. Era muy simple: Margaret se divorciaba de Bob Dewey y se casaba con Mark Saville. No podía ser más simple. Aséptico, lógico, civilizado, sencillo.

Pero nada simple, en realidad. Había una cosa que diferenciaba considerablemente a ambos médicos: Roben Dewey era muy influyente en la clínica privada donde hacía años trabajaba, hasta el punto de que, utilizando esa influencia, podía conseguir amargarle mucho la vida a Mark Saville si se le metía entre ceja y ceja. Y no

sólo eso, sino que Bob Dewey era muy rico, le venía de familia, y fue el propio Mark quien le dijo a Margaret que valía la pena pensar en algo que solucionase favorablemente para ella aquella situación.

Y habían encontrado algo, vaya que sí: matar a Bob.

La idea de Mark le pareció a Margaret sencillamente fantasiosa. Nada menos que se trataba de matar a Bob «dándole un susto». Esto casi había hecho reír a Margaret. ¡Darle un susto a Bob! ¡Menudo era Bob Dewey para irle con sustos! Pero bueno, aun en el caso de que, en efecto, le dieran un susto... ¿iba por eso a morirse? ¿Acaso se muere alguien porque le hagan ¡huuu!? ¡Qué tontería!

Sin embargo, la idea dejó de parecerle tonta cuando, finalmente, Mark le confesó algo que había sabido metiendo las narices donde sabía muy bien que Bob no quería que las metiese: en los archivos donde estaban las fichas médicas de los empleados de la clínica. ¿Y qué le dijo Mark que había descubierto? Pues nada menos que Bob estaba delicado del corazón. Ella no lo creyó, le pareció imposible. Si algún hombre le parecía fuerte, lleno de salud y de vida ese hombre era ciertamente su marido, Bob Dewey. Pero Mark insistió: él mismo lo había visto. Y claro está, Margaret se preguntó por fin por qué Mark iba a mentirle. Sencillamente era absurdo. Y tal vez era esto, la enfermedad cardíaca, lo que tenía tan agriado el carácter de Bob, además de los celos...

Muy bien, un susto, pero... ¿qué susto? Tenía que ser todo un susto. Y, como no, la fértil imaginación de Mark consiguió encontrar algo tremendo.

Tan tremendo que cuando Bob se topó con ello quedó seco en el acto. Lo que se dice seco, fulminado. No dijo ni pío: se llevó el susto y murió. Seco en el acto. Algo alucinante.

Lo engorroso había sido el día que por fortuna pronto terminaría: visitas, llamadas, condolencias, la policía... Gran sorpresa, damas y caballeros: el doctor Dewey, que parecía fuerte como un caballo, ha fallecido esta mañana víctima de un colapso fulminante. ¡Caramba, quién lo había de decir, pobre doctor Dewey! Pero ¡Si lo vi ayer y estaba fuerte como un toro! Ya ve, señor mío, la vida, que tiene estas cosas. No somos nada...

¿Podía sorprender a alguien que la reciente e inesperada viuda llamase a la clínica St. Paul, donde trabajaba su marido, para pedir ayuda? Claro que no. Ni podía extrañar a nadie que también

llamase al apartamento del colega y amigo del doctor Dewey, el simpático doctor Saville, pues era tan temprano que pensó que él no estaría todavía en la clínica, del mismo modo que tampoco su marido había salido todavía hacia allí. ¡Ah, quién sabe si habría salvado la vida si hubiera salido hacia la clínica más temprano! Tal vez allí, atendiéndole inmediatamente, habrían podido hacer algo por él. Pero ella no pudo hacer nada. Cuando dijo que, simplemente, él murió ante ella, nadie lo dudó. Son cosas que pasan. Es la vida. No somos nada.

Cuando llegaron los colegas de la clínica, el doctor Mark Saville ya estaba en casa de los Dewey, a la que había llegado en su automóvil directamente desde su apartamento, al que, como se ha dicho, la señora Dewey le había llamado. Total, que fue requerida la presencia policial, el propio doctor Saville ratificó y firmó que su colega y amigo Robert Dewey estaba muerto, y, tras discusiones por un lado y arreglos entre amistosos y legales por otro, el cadáver fue llevado a la St. Paul Clinic, donde el propio doctor Mark Saville procedería a la autopsia, de la que pasaría informe completo a la policía. Claro está, el doctor Saville diría que se trataba de un infarto brutal, y asunto terminado.

Perfecto.

¿Se podía pedir más?

Y ahora, mirándose al espejo con insistencia comprensible aunque un tanto narcisista. Margaret se encontraba bella, resplandeciente.... ¡Y libre! ¡Libre por fin! Viuda, rica, joven, hermosa..., y muy pronto con un marido encantador: Mark Saville, que dejaría de ser su amante para pasar a disfrutar legalmente de ella, y de la casa y los dineros del pobre doctor Dewey.

Realmente... ¡Mark era encantador! Lo que no le gustaba mucho de él era aquel afán suyo por hacerle la autopsia a Bob. Es claro que Margaret comprendiera que él quisiera controlar la situación, pero... ¿qué habría importado que la autopsia se la hubiera hecho uno de los forenses de la Morgue? A fin de cuentas Bob había muerto de un susto, ¿no? Es decir, que cualquier forense del mundo dictaminaría que la causa de la muerte había sido un infarto. Habría sido bien diferente si lo hubieran envenenado, por ejemplo, pero éste no era el caso, de modo que ningún forense, nadie, podía encontrar nada que le impulsara a sospechar de la viuda y del

amigo y su colega. ¿A quién se le iba a ocurrir que al doctor Dewey lo habían matado de un susto? ¡Vamos...!

Entonces, ¿por qué la insistencia feroz e irreductible de Mark para ser él quien le hiciera la autopsia?

Se lo preguntaría cuando llegara. Es decir, esa misma noche, ya que la impaciencia de ambos era pura y sencillamente febril. La casa de los Dewey, en una bonita urbanización moderna (tan moderna que había sido inaugurada hacía menos de un año y no había por el momento más de media docena de chalés aislados), permitía visitas discretas durante la noche. Mark sólo tenía que llegar por la carretera vieja de atrás, dejar el coche entre los pinos del bosquecillo que se había conservado como zona verde, y terminar de llegar a la casa a pie, por la parte de atrás... Toda una noche de amor, y, al amanecer, la despedida. Mark se iría a su apartamento, y todo se desarrollaría con normalidad en aquel día, todo se adaptaría a las circunstancias.

—Estoy tan contenta que tengo ganas de cantar —dijo en voz alta Margaret.

Se sobresaltó un poco al oír su propia voz. Tuvo la sensación absurda de que sus palabras resonaban en toda la casa y volvían hacia ella como convertidas en un soplo helado. Todo su bello cuerpo, desnudo, se estremeció. Sintió, de súbito, un miedo brutal, que dilató sus pupilas y disparó su corazón a más de ciento treinta pulsaciones por minuto.

«—Es por lo de la autopsia —pensó, no atreviéndose a hablar por temor al soplo helado—. No sé por qué cuando pienso en eso se me ponen los pelos de punta... Creo que no le preguntaré a Mark al respecto esta noche. Mañana tal vez, pero no esta noche. Esta noche no quiero más que amar...».

Se tranquilizó a sí misma. Se sonrió al espejo. Puso bajo su seno izquierdo su bonita mano de ese lado, y comprobó que el corazón se iba sosegando rápidamente. Pensó en Bob.

¡Vaya si se podía morir de un susto, vaya que sí! Y más del calibre del que le habían preparado ella y Mark. Si ella se había asustado sólo por oír sus propias palabras... ¿qué habría sentido el pobre Bob al llevarse el susto? ¿Pobre Bob? ¡Al diablo con el pobre Bob, ya la había estado fastidiando bien demasiado tiempo!

Le pareció oír un ruido dentro de la casa, y de nuevo se

sobresaltó, de nuevo se disparó su corazón.

—¿Mark? —Casi gimió.

Enseguida se dijo que era una tonta: Mark no tenía llave. Ya habían convenido cómo y por donde llegaría, y que ella le abriría la puerta de la cocina, que daba a la parte trasera de la casa. No podía ser Mark. ¿Bob? ¡Oh, por Dios, qué absurdo...! A Bob debían estar haciéndole la autopsia en aquellos momentos... Oh, no, claro que no. Ya era muy tarde. Mark debía haber terminado. Miró la hora en su relojito de pulsera, que había dejado sobre el tocador. Sí. Mark debía estar al llegar.

«—Espero que se haya lavado bien las manos... —pensó con súbito repeluzno—. ¡No me gustaría nada ver sangre en ellas!».

La sangre del cuerpo de Bob. ¿Cómo debía ser una autopsia? Por comentarios que había oído a veces debía ser algo absolutamente horrible. Pero si era tan horrible... ¿por qué Mark había insistido tanto y tanto en hacerla él?

De nuevo oyó un ruido, pero ahora lo localizó fuera de la casa, no dentro. ¡Qué tonta era! Pero ¡si sólo se trataba de que estaba lloviendo! Se puso una bata y se acercó a la ventana. Caían gruesas gotas, y algunas de ellas, movidas por el viento tormentoso, caían en el alféizar. Eso era todo. Encargaría poner un tejadillo sobre la ventana; no le gustaba que los cristales se mojasen. Y ahora era ella la dueña, podía hacer lo que quisiera.

Lo que quisiera. Con la ventana y con todo. Incluido su hermoso cuerpo.

«—Dejaré escrito bien claro que cuando yo muera no quiero que me hagan la autopsia —pensó, estremeciéndose—. ¡Dios mío, no puedo soportar la idea de mi cuerpo despedazado como el de una res!».

¿Cómo habría quedado el cadáver de Bob, cómo estaría ahora su hermoso cuerpo? ¿En qué consistía exactamente una autopsia?

La lluvia estaba arreciando. Sentía frío. Era un frío interior, no exterior, se dio cuenta enseguida. Pensó que tal vez eran los remordimientos convertidos en escalofríos. Al fin y al cabo aquella misma mañana, a primera hora, entre ella y su amante habían matado a su marido, y ahora él estaba... Santo cielo: ¿cómo debía estar ahora Bob?

Arreciaba la lluvia. Comenzó a ponerse tan nerviosa que casi

temblaba. Tal vez todo había sucedido tan deprisa que no había tenido tiempo de reflexionar en lo sucedido desde que aquella mañana le dieron el susto a Bob. Sí, y tal vez ahora le iba saliendo, en forma de oleadas de frío, el miedo, los remordimientos, el horror, las aprensiones de que alguien pudiera algún día llegar a saber la verdad... No. Imposible. Oh, bueno, el único que podía saber la verdad era Bob, claro, pero ese... ya nunca más la molestaría en modo alguno. Adiós para siempre, «querido». «Mientras tú te pudres en la fosa yo viviré feliz el resto de mis muchos días con Mark».

Mark.

Se estaba retrasando.

¿O no? ¿Había entendido ella mal la hora? Volvió a mirar su relojito, hizo un esfuerzo, y recordó las palabras de Mark. Las recordaba perfectamente, seguro. Así que él no podía tardar en llegar.

—Voy a ver si llega —se dijo.

Salió del dormitorio grande y pasó a uno de los individuales, al otro lado del pasillo del piso de arriba de la hermosa casa. Desde la ventana de este cuarto se veía el bosquecillo, así que, sin encender la luz, se apostó junto a la ventana, y se quedó mirando la oscuridad que parecía acuchillada por la lluvia. Apenas distinguía la masa de las copas de los pinos. Tal vez ni siquiera los veía, sino que como sabía que estaban allí creía verlos. La mente juega extrañas pasadas a veces.

Realmente, no veía nada.

Pero de pronto, apenas un par de minutos más tarde, vio las luces de posición delanteras de un automóvil, justo donde ella sabía que estaba el bosquecillo. Un poco más atrás de esas luces vio el breve resplandor rojo de las de freno. Luego, todo quedó de nuevo completamente a oscuras. Y casi enseguida, la sombra apareció, reluciendo bajo la lluvia. Forzando la vista vio a Mark corriendo hacia la casa, con algo echado por encima protegiéndose de la lluvia.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

Salió rápidamente de la habitación, y bajó a la planta baja, dirigiéndose hacia la cocina. Estaba tan contenta por la llegada de Mark, que todos sus temores y aprensiones desaparecieron. Y

desaparecieron también sus remordimientos.

Y por supuesto, en aquellos momentos ni se acordaba de la autopsia ni del evidente interés de Mark Saville para realizarla personalmente...

—Tal vez, te preguntes por qué he insistido tanto en ser yo quien llevara a cabo la autopsia. O tal vez no te hayas enterado de mi gran deseo. Me pregunto si te estás enterando de las cosas, de todo cuanto ocurre a tu alrededor. Yo espero y deseo que sí... ¡Ojalá te estés enterando de todo!

Con estas palabras se había dirigido Mark Saville al cuerpo de Bob Dewey en cuanto quedaron solos en el depósito de cadáveres de la clínica. Algunos compañeros se habían ofrecido para colaborar con Mark, pero éste los había rechazado, muy amablemente, pero con firmeza. No le había costado excesivo esfuerzo conseguir quedarse solo; sabía muy bien que en realidad sus colegas no tenían el menor deseo de practicarle la autopsia a Bob, que hasta hacía apenas veinticuatro horas había sido un compañero. No, no le hacía gracia absolutamente a ninguno, y ya había contado Mark con esto.

De modo que, finalmente, se había quedado a solas con el cadáver, y muy pronto se había dirigido a él con las palabras arriba expresadas. Unas palabras que, evidentemente, delataban el odio que Mark sentía hacia Bob.

Incluso después de muerto.

Si es que estaba muerto, claro.

¡Ah, eso había sido lo mejor de todo! Absolutamente fascinante y gratificante. Era todo tan maravilloso que a Mark Saville le parecía imposible: finalmente, él había conseguido tener a Bob a su merced, completamente indefenso, en la más terrible situación que pudiera presentársele a un ser humano. Y podía dar rienda suelta a su odio. Sólo tenía que empuñar uno de los muchos bisturíes que había en el depósito y comenzar a convertir a Bob en trozos de carne viva.

Carne viva.

Porque Bob no estaba muerto, no señor. O al menos, ésa era la gran esperanza de Mark Saville. Le parecía todo tan delicioso, pero al mismo tiempo tan morboso, que no había querido compartir este gran secreto con Margaret. Ella podía estar pensando lo que quisiera, es decir, lo que él le había dicho, pero no era la verdad.

Había mentido a Margaret.

La amaba, pero le había mentido. Era mejor así. ¿Por qué había que decirle que Bob no estaba muerto, sino sumido en estado cataléptico?

¡Ah, qué grandioso placer!

—¿Te estás enterando o no? —insistió.

Se hallaba de pie junto a la losa de mármol donde reposaba el cuerpo de Bob. Cuidado: el cuerpo, no el cadáver, pensó. Hay que matizar bien las expresiones. No es lo mismo decir cuerpo que cadáver. Por ejemplo, él era un cuerpo, pero no era un cadáver... Y ojalá estuviera sucediendo lo mismo con Bob, ¡ojalá fuese un cuerpo, ojalá todavía no fuese un cadáver!

Porque quería matarlo él. Matar a Bob había sido su más grande deseo, su enloquecedor anhelo, desde la primera vez que se acostó con su mujer. Desde ese mismo instante, desde aquella deliciosa primera vez en que tuvo el espléndido cuerpo de Margaret, había odiado a Bob Dewey por ser su dueño. Se había enamorado tan profundamente de Margaret que la idea de que todos los días, todas las noches, ella dormía junto a Bob, se le había ido haciendo más y más insoportable. Y no digamos cuando pensaba que Bob era el marido, y que lógicamente debía utilizar con toda normalidad esos derechos. Es decir, que Bob tenía a Margaret siempre que quería. Se lo imaginaba abrazándola, ella completamente desnuda, con aquella desnudez blanca y tan hermosísima, y penetrándola impetuosamente, jadeando sobre ella, besando su boca repleta de delicias...

—¡Maldito seas! —gritó, estremeciéndose.

Enseguida, sobresaltado, miró hacia la entrada al depósito. Pero no tenía que preocuparse: no había nadie allí, ni era probable que nadie llegase a molestarle. ¿Acaso no tenía él tanto interés en hacerle la autopsia a Bob Dewey? Pues amiguito, ahí lo tienes, todo es suyo, ¡adelante con él!

Y allá lo tenía.

Inmóvil absolutamente, lívido, desnudo, indefenso.

Sólo tenía que agarrar un bisturí y empezar a cortar. Podía cortar allá donde quisiera y como quisiera. Oh, bueno, había unas ciertas normas, claro, pero ya sabía él cómo cumplirlas y al mismo tiempo recrearse gozosamente con el descuartizamiento del cuerpo

de Bob.

El cuerpo, no el cadáver.

—Estoy seguro de que estás vivo —susurró—. Y quisiera tener la misma seguridad de que, de algún modo, me estás oyendo o te estás enterando de toda la verdad, y de que te voy a descuartizar. Nunca había odiado a nadie, pero a ti te odio de tal modo que habría terminado por ponerme enfermo si no te hubiera matado.

Y nada de infarto. Por supuesto, si Bob hubiera estado enfermo del corazón se habría muerto del susto, pero no estaba enfermo del corazón, nada de eso. En su informe, él diría que sí, que había fallecido de un infarto. Nadie se sorprendería. Muchas personas aparentemente sanas y fuertes, que nunca han tenido molestias cardíacas, fallecen de repente de un infarto. ¿Por qué el doctor Dewey, un hombre tan profesionalmente activo, no podía ser una de las víctimas del imprevisible y temido infarto?

Pero nada de infarto. Y nada de muerte. Bob estaba vivo y bien vivo, sólo que sumido en estado cataléptico. Y esto no lo sabía nadie más que él, Mark Saville. ¿Cómo sabía esto? Bueno, en dos ocasiones se había dado cuenta de la extraña actitud de Bob cuando entró en su despacho. Estaba sentado, inmóvil hasta el punto de que parecía una estatua, y no reaccionó ninguna de las dos veces cuando él le dirigió la palabra. La primera vez Mark se desconcertó. La segunda vez comprendió lo que ocurría: el exceso de tensión profesional había convertido a Bob Dewey en un ente propenso a la catalepsia. Es bien sabido que se puede caer en este estado debido a fatigas prolongadas, estados de tensión y especialmente emociones fuertes.

Emociones fuertes.

¿Un buen susto, tal vez?

Ninguna de las dos veces le dijo nada a Bob respecto al estado en que lo había hallado. La primera vez porque, creyendo que se había dormido fulminado por la fatiga, salió del despacho sin hacer ruido. La segunda vez, por cálculo al barruntar lo que quizá estaba ocurriendo. Luego, se interesó más a fondo por la catalepsia, y finalmente llegó a la idea: un buen susto podía colocar a Bob Dewey en un estado cataléptico mucho más prolongado que aquellos breves períodos en la clínica: podía tenerlo en ese estado incluso durante días.

Y él no necesitaba tanto tiempo. Le bastaba un día. Un solo día para conseguir todos sus objetivos: vengarse de Bob, dejar libre a Margaret, hacer pedazos a Bob..., mientras éste lo experimentaba.

¿En qué estado debía hallarle el cerebro de Bob en aquel momento? ¿Captaba las cosas? ¿Podía, de algún modo, saber lo que ocurría a su alrededor? ¿Tal vez Bob despertaría en cuanto él empezase a cortar?

—No me importa —dijo en voz alta Mark, fija su mirada en el inmóvil rostro de Bob Dewey—: si te despertases en plena autopsia te cortaría el cuello de un tajo, y entonces sí que estarías muerto. Pero ahora no lo estás. ¿Verdad que no lo estás, Bob? ¡No puedes hacerme esto, porque te odio tanto que si estuvieras muerto me sentiría decepcionado! Quiero hacerle la autopsia sabiendo que, de algún modo, estás vivo y sientes algo... ¡Quisiera estar seguro de que, de algún modo, vas a sentir el bisturí en tus carnes, la sierra en tus huesos...! ¡Te odio tanto que no podría soportar la idea de que realmente estás muerto, deseo que estés vivo, que sientas todo mi odio y todo el dolor del mundo...!

De algún modo, y desde alguna parte, le llegaba una sensación que le causaba dolor. No sabía qué era ni dónde estaba ni en qué estado vital se hallaba. No sabía nada de nada, pero recibía como un viento negro que le producía dolor no sabía dónde ni cómo, del mismo modo que no sabía dónde estaba y qué era él. Vagamente tenía una sensación como de cosa compacta que estuviera en alguna parte, y que esa cosa compacta estuviera formando ideas y pensamientos. Eso era él: sólo una idea y un pensamiento. Pero debía ser algo más, porque recibía dolor; dolor causado por aquel viento negro que le llegaba de alguna parte..., de otra cosa compacta que lo emitía, una cosa pequeña, húmeda, gris y encerrada en un reducto duro que la protegía.

Y además de sentir comenzó a oír. Pero era algo... como irreal, como si estuviera encaminándose hacia un estadio vital absolutamente desconocido, pero del que al mismo tiempo tuviera lejanas noticias. Un estadio vital en el que existía el sonido, es decir, lo opuesto al silencio. Aquel silencio en el que se hallaba sumido él, y al cual llegaba aquel viento negro de maldad y de odio.

Esto era lo que, de algún modo que no comprendía, le causaba dolor: el odio.

Mas... ¿qué era el odio exactamente, qué o quién lo emitía y cómo y por qué...?

—... absolutamente insoportable la idea de que cada noche que lo desearas tú podías hacer el amor con Margaret. ¡Y no te digo nada los fines de semana! ¡Los fines de semana que no estaba de turno aquí, en la clínica, me volvía loco, sabiendo que tú estabas todo el día con ella, vigilándola y poseyéndola! Por todo ello. Bob, te he llegado a odiar tanto que hasta siento espanto de mí mismo. Pero todo terminó. O casi terminó. En realidad habrá terminado cuando te haya hecho la autopsia, cuando haya recurrido a la terapia de despedazarte para aniquilar mi odio que ha estado a punto de hacerme enfermar. Y no creas que me engaño a mí mismo: sé que esto es horrible, que el odio me ha convertido en un criminal espantoso, pero no puedo evitarlo. ¡Quisiera poder hacerte tanto daño que lo estuvieras sintiendo aunque vivieras mil veces!

Mark Saville se estremeció fuertemente, y de nuevo se volvió a mirar hacia la puerta del depósito de cadáveres. No era probable que llegara nadie, desde luego, pero estaba cometiendo una gran imprudencia. Se estaba dejando llevar por fuertes impulsos internos, y eso no podía ser. Tenía que controlarse.

Suspiró profundamente, se apartó del cuerpo de Bob, y se encaminó hacia los armarios, quitándose la chaqueta. Debía tener mucho cuidado, porque un pequeño desliz podía dar lugar a que se le escapase todo cuanto había conseguido. Ahora tenía ante él unas perspectivas maravillosas: Margaret, una casa hermosa, dinero, un mejor puesto en la clínica al haberse provocado un movimiento en el escalafón al morir Bob..., Mucho cuidado. No estaba dispuesto a perder nada de lo que había conseguido convirtiéndose en un criminal.

«Soy más que criminal, en realidad —pensó—. Soy un sádico. Si alguien me hubiera dicho a mí que podía llegar a sentir este odio y estos deseos de hacer auténtico daño, este... morbo horrendo, le habría dicho que estaba loco».

Se puso la bata y se dirigió hacia las piletas para lavarse las manos. Le había dicho a Margaret que haría lo posible por estar allí hacia las nueve de la noche, y quería cumplirlo. Ni podía ir antes, porque tenía ante sí el trabajo de la autopsia, ni quería ir antes, porque no quería precipitar el placer de descuartizar a Bob.

¿Cuáles debían ser, realmente, las condiciones en que se hallaba un ser humano bajo los efectos de la catalepsia? Todo el mundo sabe que dicho estado es parecido al de la muerte, debido a que se produce una inmovilidad total en el sujeto, cuyo aspecto decae, y cuyas constantes vitales quedan reducidas a la mínima expresión. La literatura, y por supuesto la vida real, estaban llenas de casos en los que una persona había sido enterrada viva debido al error en que incurrieran los médicos que no sabían o no podían detectar la catalepsia.

Sólo que Robert Dewey no sería enterrado vivo, eso era segurísimo, ya que si lo estaba ahora dejaría de estarlo pronto, cuando él lo hiciera pedazos. La idea de llevarle a Margaret el corazón de Bob le complació extraordinariamente. Claro que quizá ella se asustase...

Estaba aterrorizado por aquel viento negro y fétido que cada vez percibía con mayor fuerza e intensidad. Había en los componentes de su ser encerrados en aquella especie de recipiente unos temblores violentísimos debido al terror. Seguía sin saber qué era, dónde estaba, qué ocurría, cuál era su estado..., pero seguía recibiendo las espantosas andanadas de odio. Y estas andanadas de esta cosa llamada odio le dolían; le causaban dolor no sabía dónde. Tal vez era como una presión en su masa blanda y gris formada por miles de pliegues por los que circulaban impulsos eléctricos de inteligencia cósmica.

No sabía qué era, ni dónde estaba, ni qué ocurría, ni qué estado era el suyo, pero percibía los horribles vientos negros del odio que le causaban dolor en todas sus espiras, en toda su masa gris, húmeda y encerrada en aquella caja esferoide...

Mark terminó de lavarse concienzudamente las manos, y se puso unos guantes. Luego se proveyó de una bandeja en la que colocó algunos bisturíes, escalpelo, sierra, martillo... ¡Ah, qué refinamiento! Había momentos en que sentía pánico de sí mismo, pero sabía que tenía que hacerlo, o siempre tendría dentro de él aquel tremendo trauma de su odio no satisfecho.

Colocó a su alcance uno de los soportes móviles de la mesa de mármol y depositó en él la bandeja. Miró el odiado rostro de Bob Dewey, quieto, rígido. La verdad era que parecía que estaba pura,

simple y definitivamente muerto. Pero, por si no lo estaba, él tenía que seguir adelante con su gozada.

—¿Sabes, Bob? —susurró—. Un poco de envidia sí te tenía, por tu situación de privilegio en la clínica, pero eso podía soportarlo y hasta superarlo bien. Uno no puede andar por la vida teniendo envidia de los demás, porque sería el cuento de nunca acabar, ya que siempre hay personas que tienen más suerte, más belleza o más inteligencia que uno mismo. En ese sentido no habría habido problema. Pero lo que has estado haciendo con Margaret me tenía revueltas las tripas. No sólo la utilizabas sexualmente a tu capricho, sino que le estabas amargando la vida. ¡Con qué ansias de ternura la conocí! Y cuando comenzó a contarme vuestras cosas, después que ya nos hubimos encontrado varias veces para hacer el amor, me pareciste un monstruo repugnante. ¡Dios, es horrible odiar romo y yo te odio!

Irreprimiblemente. Mark bajó la mano en la que tenía el primer bisturí, y la hoja de éste se hundió con seco impacto en el abdomen de Bob Dewey. En realidad no fue la hoja de acero especial la que produjo el sonido, sino la mano de Mark; el acero penetró con una suavidad que el médico conocía muy bien; en realidad fue como no hacer nada.

Se quedó mirando el diminuto ojal practicado en la carne de Bob, y por el que brotó, lenta, escasa, espesa, la sangre carmesí. En los ojos de Mark Saville hubo como un trémolo, un súbito parpadeo. Estaba cometiendo el error de dejarse llevar por los impulsos, y eso no podía ser. Tenía que controlarse, despedazar a Bob gozando de ello, y marcharse, pero dejando tras él las cosas de modo que todo pareciera una perfecta autopsia normal y corriente.

—Es decir, amiguito —susurró—, que te voy a abrir en canal, y luego serraré tu cráneo para manipular tu maldito cerebro...

De alguna parte, de algún sitio indescriptiblemente próximo, había llegado un dolor diminuto y súbito. Un dolor diferente al que llegaba impulsado por los vientos negros. Era otra clase de dolor, realmente diferente, pero dolor al fin. Más insignificante, pero dolor, sin duda alguna. Percibió también como un rumor de algo denso y caliente desplazándose muy despacio, y escapando no sabía desde dónde hacia dónde. Eso sí, aquello que era denso y caliente escapaba de un sitio tibio para salir a un lugar menos tibio, y del

cual, precisamente, había llegado el súbito y pequeño dolor.

—Debería hacer las cosas de modo que si estás vivo todavía te conserves así el máximo tiempo posible. Quiero que vivas para sufrir al máximo. Por ejemplo, podría empezar por cortarte los genitales. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¡Tus malditos genitales que han estado humillando, atropellando a Margaret! No me sorprende que ella aceptase intervenir en tu muerte. ¡También debe odiarte lo suyo, aunque supongo que no tanto como yo! Al principio, cuando le dije que podíamos matarte de un susto, pensó que le estaba gastando una broma. Pero cuando le mentí diciéndole lo de tu corazón comenzó a verlo factible. Si me estás oyendo tal vez te preguntes por qué le mentí respecto a lo de tu corazón. Bueno, no quise que ella supiera lo de tu catalepsia, porque no quiero que sepa que tengo esta faceta de odio, de rencor, que puede llegar hasta el extremo de gozar con esta autopsia a un vivo... ¿O no estás vivo? ¿No podrías hacerme una seña, por leve que fuese? ¿Un movimiento de cabeza, de mano..., aunque sólo fuese de un párpado? ¡Vamos, haz un esfuerzo! ¿No? Está bien. De todos modos, yo voy a tratarte como si estuvieses vivo y pudieses sufrir intensamente todo cuanto me propongo hacerte. ¿Y qué me dices del susto? Te quedaste seco, amiguito. Tal vez si fue un infarto, después de todo. Sería decepcionante para mí, pero tal vez fue eso. Pronto lo sabré. Desde luego admite que la «broma» fue de las buenas. ¡Vaya si fue una bonita broma! Por supuesto, una persona como tú, propensa a la catalepsia, tenía que llevarse la impresión más que suficiente para quedarse como te quedaste: paralizado. Cataléptico en larga duración e intensidad. Incluso yo, que ni soy cataléptico ni tengo fallo alguno en el corazón, podía haberme desmayado ante un susto semejante. ¿Qué sentiste al entrar en la cocina y ver a Margaret desnuda y colgada del techo, con un cuchillo clavado sobre su corazón? ¡Vaya pasmo te llevaste!

En alguna parte parecía que estuviera naciendo algo nuevo. Hasta entonces todo había estado sumido en un estado de no-luz, de no-oscuridad, de nada. Ahora, lentamente, algo se estaba desgarrando, y tras ese desgarrón aparecía una luminosidad que hacía conocer su contraste, la oscuridad. En esa luminosidad,

aparecían nuevos elementos, nuevas cosas. Aparecían imágenes. Y colores. Había colores diferentes. Una de las imágenes mostraba una extraña forma suspendida de algo y oscilando. La grieta se iba ensanchando, iba llegando más luz, las imágenes se iban aclarando, ofreciendo algo que recordó, se llamaban «recuerdos»...

—... realmente inolvidable, vamos. Pero todo lo había ideado yo, y lo habíamos preparado entre Margaret y yo. Llevábamos varios días preparándolo, y aquella mañana, cuando ella bajó a la cocina antes que tú, como siempre, para preparar el desayuno, yo estaba esperando afuera. Había dejado el coche bastante lejos de tu casa, a la que había llegado a pie subrepticamente, a través del bosquecillo, que es lo mismo que haré esta noche, cuando haya terminado de disfrutar el grandioso placer de hacerte la autopsia. Yo estaba esperando afuera, ella me abrió la puerta de la cocina, y entré. Lo preparamos todo rápidamente. Ella se puso los atalajes en las axilas, que luego ocultamos con sus cabellos colocados adecuadamente. Esperamos a oírte bajar, y entonces yo la colgué del gancho que habíamos colocado en el techo junto al que sujeta la lámpara. Todavía está allí, claro, pero ya lo quitaremos, aunque ¿quién va a fijarse en esas cosas, quién va a pensar nada semejante? La colgué de aquel gancho por medio de una cuerda que pasaba por los atalajes, y acto seguido le coloqué el cuchillo de guardarropía con sangre de conejo «clavado» en el corazón. Reconozco que el efecto era terrible y no me sorprende que al ver a tu mujer desnuda, colgada y con un cuchillo clavado en su pecho te entrase el pismo. Muchacho, te quedaste seco, de veras. ¡Qué gozada entonces, ya entonces! Y si te preguntas qué habríamos hecho si no te hubieras quedado seco del pismo, pues es muy sencillo: yo te habría matado a ti a golpes con una barra de hierro, habría golpeado también, aunque con más cuidado, a Margaret, y me habría marchado tras «robaros» algo. ¿Crees que la policía habría sospechado alguna vez de mí como autor de tal desaguisado? Por fortuna no tuve que recurrir a esa brutalidad, pues todo salió bien, y puedo disfrutar de este refinamiento que significa hacerle la autopsia a un vivo. Te voy a descuartizar. Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Bisturí en alto, Mark Saville se quedó mirando el desnudo cuerpo inmóvil. Sí, podía empezar por cortarles los genitales, pero tal vez esto sorprendiera a alguien. De cualquier modo, pensaba

hacerlo. No pensaba privarse de ninguno de los placeres de aquella autopsia a un vivo.

¡Habría dado cualquier cosa porque Bob estuviera vivo!

Habría dado incluso parte de su vida por saber que se iba a dar cuenta de que empezaban a cortarlo en rodajas. Se inclinó sobre él.

—¿Sabes? —susurró—... Para mi estás vivo, y voy a hacer las cosas basándome en eso. Iré cortando despacito, despacito, despacito... Ya sabes que un bisturí está tan afilado que ni se nota el corte. Pero tú si irás notando cómo te corto, te abro, te mutilo. ¡Vamos, Bob, dame una señal de vida, por pequeña que sea, no me prives de ese placer! Dame a entender que estás vivo, para que sea mayor mi placer al cortar. Te cortaré la cabeza, te la abriré después, vaciaré tu cerebro en el cubo de las basuras; te cortaré piernas y brazos, te abriré como a una res muerta, te examinaré por dentro... sintiendo el gozo de saber que estás vivo. ¡La autopsia en vivo! ¿Qué puedo contarte yo a ti de una autopsia? ¡Sabes mejor que yo lo que es una autopsia! Sabes que vas a quedar convertido en un montón de huesos y pedazos de carne. Algo así como un rompecabezas, un *puzzle* que luego habrá que recomponer, para mostrarlo a los amigos cuando vengan mañana a despedirse de ti en la capilla. ¿Te imaginas la cara que pondrían si supieran que estabas apenas cosido como un muñeco, que yo había abierto tu cráneo y tu abdomen y tirado a la basura tu cerebro y tu corazón? ¡A lo mejor alguno de ellos sí que moriría de un infarto! ¿No te parece todo deliciosamente horroroso?

Mark Saville jadeaba agitadamente cuando terminó de hablar, de soltar aquella larga parrafada. Estaba con el bisturí en alto, todo preparado. Sólo tenía que empezar a cortar... Pero una cosa era hablar y otra cosa era hacer. Era cierto, había odiado a Bob con toda su alma, y seguía odiándolo después de muerto. Eso no podía evitarlo. Pero, talmente como si estuviera despertando de un sueño, se estaba dando cuenta de lo horrible de su actitud, de su acción, de todo cuanto había acontecido en apenas doce horas.

Entraba ahora tanta luz por aquella grieta que casi resultaba dolorosa a los órganos de percepción que la recibía. Y de pronto, la grieta se agrandó de un modo definitivo. Fue como si unas cortinas fuesen apartadas velozmente y quedase a la vista todo el escenario.

Y de repente, Bob abrió los ojos. Mark Saville se quedó mirándolos paralizado por la sorpresa y el susto. Su mente quedó en blanco. Vio moverse hacia él los ojos de Bob, girando rápidamente. Aquella mirada que parecía regresar de mil infiernos se posó en sus ojos como un impacto de fuego. Acto seguido, y mientras Mark permanecía incapaz, de reaccionar en el menor sentido, el cuerpo de Bob Dewey se movió: una poderosa flexión de la musculatura abdominal alzó el torso desnudo. El rostro de Bob quedó delante mismo del soporte móvil, sus ojos se fijaron en la bandeja que contenía el instrumental, su mano derecha se movió rápidamente y agarró un bisturí reluciente...

La lluvia apareció reluciente ante sus ojos cuando abrió la puerta de la cocina. Por supuesto que no había encendido la luz de ésta, pero de alguna parte debían llegar ondas de luz que hacían brillar la lluvia.

Lo vio llegar corriendo, como una sombra, protegiéndose la cabeza con lo que fuese. Tal vez el gabán, tal vez la manta del coche, o un trozo de plástico... ¿Qué más daba?

Él llegó, y entró rápidamente en la cocina. Margaret cerró la puerta enseguida, encendió entonces la luz, y se volvió hacia él con los ojos brillantes, el cuerpo temblando de deseo, la boca agitada en el principio del beso que ya estaba deseando hundir en la boca de Mark.

Pero no era Mark. Llevaba las ropas de Mark, pero no era Mark.

Por un instante, Margaret tuvo la sensación de que era algo así como una plancha, o una aspiradora, que súbitamente había sido desconectada de la corriente. Luego, en un pensamiento de duración indescriptiblemente breve su mente rechazó la realidad de la imagen que le enviaban los ojos. Finalmente, la admitió, y la verdad se impuso.

Entonces, Margaret abrió más la boca y comenzó a emitir un grito agudo y tremolante que hizo vibrar los cristales de la cocina. Sus ojos se desorbitaron cuando la mano grande y fuerte de su marido la asió por la cabellera, inmovilizándole la cabeza. No pudo hacer nada cuando vio la otra mano armada con el sobrecogedor bisturí reflectante de mil luces frías. El bisturí se hundió suave y certeramente en su cuello, y todo sonido cesó en la casa del doctor Dewey. Margaret no había sentido nada, pero pese a que seguía

gritando, o a que quería seguir gritando, no oía nada. De su garganta no brotaba ni un sonido. Lo que sí notó de pronto fue el pequeño buche de sangre que subió hasta la boca. Sólo eso, y, de repente, el leve dolor y el frío del corte en el cuello; aquel corte que había seccionado sus cuerdas vocales.

La terrible mirada de Bob, fija en sus ojos, parecía capaz de reventárselos. Margaret comprendió de repente que él le había cortado las cuerdas vocales, y tuvo tal acceso de miedo que casi se mareó y estuvo a punto de vomitar.

—Tranquilízate, querida —susurró Bob—. Sólo se trata de tu autopsia. Para mí será la segunda que practique en el día de hoy...

Chase Culp terminó su relato, y Felicia, que le contemplaba absolutamente fascinada, reaccionó, suspirando y parpadeando repetidamente.

—Caray —suspiró de nuevo. Es un relato horroroso, señor Culp.

Éste miró de nuevo su reloj, lanzó otro vistazo al exterior apartando la cortina, y finalmente miró a su reloj. Eran cerca de las ocho. Movié la cabeza.

—Son cosas que ocurren, señorita Flammarion. Bueno me parece que no tiene objeto que sigamos esperando. Sea quien sea el autor del anónimo nos ha tomado el pelo. Supongo que ha venido usted en coche.

—Sí, claro... Oh, pero podemos esperar un poco más.

—Conforme —sonrió Chase. A condición de que luego acepté cenar conmigo.

—¡Estaré encantada! Y no es un decir, señor Culp.

—¿Qué tal si me llama Chase? Bueno, para qué tantas pamplinas: somos colegas, los dos jóvenes, simpáticos y guapos, y no parece que desentonemos... Así que si te parece dejémonos de cumplidos del año del parto de la vaca... ¿Okay, Felicia?

—¡Okay! —rió ella—. ¡Cuéntame algún otro caso como ese que llamáis Autopsia! ¿Conoces más?

—¡Huy! —Agitó una mano Chase—. Pero seamos consecuentes. Si yo te cuento un caso tú tienes que corresponder.

—Es que yo... Bueno, yo... yo no he tenido todavía ningún caso importante... Conozco uno que me impresionó mucho, pero me lo contó un amigo de mi padre que estuvo en España... ¿Has estado alguna vez en España?

—¿Para qué? Bueno, cuenta eso... ¿Qué pasó?

—Tendré que ponerle un nombre, como has hecho tú con el tuyo... Pero no se me ocurre ninguno. Ah, sí... ¡Ya lo tengo! No es genial, pero es muy apropiado porque uno de los personajes se llamaba Laura. Así que podríamos titularlo...

QUERIDÍSIMA LAURA

El automóvil se detuvo junto al bordillo, y su conductor hizo sonar brevemente el claxon. La muchacha que estaba mirando el escaparate volvió la cabeza, identificó el vehículo y se acercó rápidamente. Se sentó junto al conductor, y éste reanudó la marcha. Se miraron un instante. Luego, mientras él prestaba atención al tráfico, ella continuó mirándole.

Enrique Villalba era un hombre apuesto, muy atractivo a sus cuarenta años. Atlético, elegante, de trato agradable y mundano, desenvuelto. Por su parte, a los veintidós años. Laura era una chica preciosa. De cabellos rubios y grandes ojos castaños. Su cuerpo era espléndido, de formas turgentes y bien definidas. Enrique ya había gozado de todo esto, y del excitante apasionamiento de la muchacha. En la cama, simplemente, ella le enloquecía.

—¿Ya lo tienes preparado todo? —preguntó de pronto ella, con voz un tanto aguda.

—Sí.

—Enrique, tengo miedo...

—Todo saldrá bien. No me distraigas ahora.

Enrique condujo hasta que llegaron a un lugar apartado dentro de la Exposición. No solitario, sólo apartado. Desde allí se veían pasar coches arriba y abajo, cerca del Estadio. Apagó el motor y las luces de situación, y ofreció un cigarrillo a Laura, en cuyos labios vio un leve temblor mientras encendía el cigarrillo.

—Cálmate —murmuró él—. Lo he preparado todo de modo que tu parte será mínima. Pero no podré hacerlo si no me ayudas.

—¿Qué tendré que hacer?

—Aparentemente, lo de siempre..., y nadie notará la diferencia, a nadie se le ocurrirá pensar, en modo alguno, que habrás hecho otra cosa. Pero tendrás que hacer otra cosa.

—¿Que cosa?

—El viernes por la tarde, como cada semana, irás a casa. A las seis en punto, eso sí, porque tendrás que encontrarte «casualmente» conmigo en el vestíbulo, cuando yo esté hablando con el conserje. Nos comportaremos los dos con toda naturalidad, subirás al piso, y entrarás con la llave que te daré luego. No habrá nadie en casa, porque Elisa estará ya en mi coche, y como cada viernes la criada tendrá permiso. Yo habré estropeado el teléfono, de modo que no sonará en ningún momento. Todo lo que tendrás que hacer será permanecer allí el tiempo normal que inviertes en arreglar a Elisa. Ya sabes: peinarla, hacerle la manicura, todo eso... Puedes poner música, si quieres. Todo muy natural. Laura.

—Sí, sí... ¿tú te habrás llevado a tu mujer?

—Sí. Poco después de las cinco, ella y yo tomaremos café, y entonces la drogaré...

—¿La envenenarás?

—No, mujer. No puedo matarla en casa, porque si alguien me encontrase con su cadáver en el *parking*, imagínate. La drogaré con unas pastillas, solamente. Cuando la baje en el ascensor hasta el *parking*, ella estará completamente dormida, o poco menos. Si alguien nos viese, yo diría que se encontraba mal, y que la llevaba al médico. En ese caso, no me encontrarías a las seis en punto en el vestíbulo hablando con el conserje. Pero si me ves en el vestíbulo será que he conseguido meterla en el coche sin que me vea nadie, y ya dentro del maletero la habré atado y amordazado fuertemente, por si se recuperase y le diera por gritar. Pero esto no sucederá, la tendré perfectamente controlada. Una vez hecho esto será cuando subiré al vestíbulo a hablar con el conserje, y nos veremos allí. Luego, tú haces lo que te he dicho, y yo me iré con el coche al chalet.

—¿Qué hago si no estás en el vestíbulo?

—Eso significaría, como ya te he dicho, que alguien nos habría visto en el *parking*, llevando yo a Elisa como si estuviese borracha. Sería entonces cuando tendría que decir que no se encontraba bien y todo eso. Si no me ves, subes al piso, llamas, bajas y dices al conserje que Elisa no está en casa, etcétera... Como luego se sabría que había tenido que llevármela indispueta, todo sería lógico y normal, no hay problema. Pero todo resultará como he planeado, pues sé que a las seis nunca hay nadie en el *parking*. Así que yo me

iré con Elisa al chalet, y tú subirás al piso y estarás allí el tiempo normal que empleas cuando vas a arreglarla. Transcurrido ese tiempo será cuando tendrás que hacer algo que requerirá mucha atención y cuidado.

—¡No sé si podré, Enrique! —gimió Laura.

—Vamos, vamos... —Él la atrajo pasándole el brazo por la nuca, y la besó en los labios—. ¡Ya verás qué fácil es!

—¡Me pondré nerviosa!

—Es posible, pero no importa, porque nadie más que el conserje te verá. Tendrás que hacer un esfuerzo, Laurita, querida. Mira qué fácil es... Terminado el tiempo del servicio normal, bajas al vestíbulo, saludas tranquilamente al conserje, y sales a la calle. A todos los efectos, ya te has marchado. Pero, tras asegurarte de que el conserje no sale al portal a mirarte, te metes en el *parking*, utilizando la llave que también te daré. Bajas, y si oyes voces te escondes detrás de cualquier coche. Si no, te metes en el coche de Elisa, ya sabes cuál es, sales a la calle, cierras la puerta del *parking* con el botón rojo... Todo eso ya lo conoces, ¿no?

—Sí, pe... pero... ¿cómo entró en el coche de tu mujer?

—Qué cosas tienes... también te daré un duplicado de sus llaves, por si no encontrase las tuyas para dejártelas a la vista. Bien, sales con el coche, te vas a uno de los laterales de la Diagonal, lo dejas allí estacionado, y te vas a tu casa. Eso es todo. Bueno, tienes que dejar el coche lo más cerca posible del restaurante Candice, ya sabes cuál es.

—Sí. ¿Y si me ve alguien salir del estacionamiento en el coche de tu mujer?

—A esa hora ya será de noche. Te verán confusamente, y pensarán que eres ella.

—Ah... ¡No puede ser! ¡Ella es morena y yo soy rubia, así que sólo con ver el cabello...!

—Llevarás una peluca que te he comprado. Está en un paquete en el asiento de atrás, con todas las llaves. Lo he marcado todo, para que no te equivoques y te pongas nerviosa. No te pediría que lo hicieras si no fuera posible, Laurita.

Ella estuvo unos segundos mirando en la penumbra los ojos de Enrique, pasando vivamente de uno a otro.

—¿Qué harás tú mientras tanto? —susurró.

—Mientras tanto, yo habré llegado de sobras al chalet, y allí mataré a Elisa y la enterraré de tal modo que nunca nadie podrá encontrarla. Luego, llamaré por teléfono al conserje, ya que el teléfono de mi piso estará estropeado, y le daré un recado para Elisa. Él la llamará por el portero electrónico, pero ella no contestará, ni tú tampoco, pues ya te habrás marchado. El conserje mirará en el *parking*, comprobará que el coche de Elisa no está, y me dirá que ya se ha marchado. Es decir, que Elisa se habrá marchado, oficialmente, poco después que tú, a cenar con unos amigos a Candice. Mientras tanto, quedará comprobado que yo estoy en el chalet. Por la mañana, momento en que Elisa debería venir a reunirse conmigo, ella no aparecerá, claro está. Así que volveré a llamar al conserje, y ahí empezará todo. Nadie sabrá dónde está, yo bajaré a Barcelona, llamaré a los amigos con los que tenía que cenar el viernes por la noche... Finalmente, (o quizá esto ya haya ocurrido) alguna patrulla habrá encontrado el coche estacionado cerca de Candice, con las llaves puestas y sin cerrar. La conclusión a la que llegarán será la de que ella llegó a Candice, se apeó, y entonces, allí mismo, algo inesperado ocurrió. Por ejemplo, que alguien la metió en un coche, se la llevó por ahí para robarle o violarla, o ambas cosas..., y acabaron por matarla y esconder su cadáver. Posteriormente, tú y yo diremos lo que el conserje podrá corroborar: tú estuviste allí como todos los viernes, te fuiste, y no sabes nada más, salvo que dejaste a mi mujer en casa preparándose para salir a cenar. Yo diré que, como otros fines de semana, he preferido irme el viernes por la noche al chalet, a terminar unos asuntos del despacho, y que no he empezado a preocuparme por Elisa hasta ya muy avanzada la mañana, que será cuando llamaré al conserje y todo eso. ¿Lo has entendido todo, cariño?

—Sí... Sí. ¿Y tu mujer ya estará... muerta?

—Y bien enterrada. Nunca la encontrarán. Y por otra parte, a nadie se le ocurrirá nunca buscarla allí.

—Allí..., ¿dónde?

—Dentro de una de las cubas de vino de la bodega del chalet, donde la tendré un tiempo hasta que ya todo tranquilo pueda estar a solas en el chalet, hacer una tumba en la propia bodega, y meterla allí para siempre. Nunca la encontrarán, Laura. Y creerán que fue secuestrada, robada, violada, asesinada y su cadáver escondido

cualquiera saber dónde.

—Lo has pensado todo muy bien, ¿verdad?

—Sí. Hace mucho tiempo que dejé de amar a Elisa, pero la iba soportando..., hasta que te conocí a ti aquella tarde en casa. Laura, estoy loco por ti, lo sabes.

—Entonces..., ¿te casarás conmigo?

—De momento, no. Después de todo eso tendremos que estar una temporada viéndonos con muchísima discreción, pero más adelante un día nos haremos los contradizos cuando yo esté con unos amigos, te saludaré, charlaremos un poco, y bromeando te pediré una cita, que tú no rechazarás claramente... La idea consiste en que mis amigos no se sorprendan más adelante de que, finalmente, salgamos juntos. Y cuando finalmente se dé por muerta a Elisa, podremos casarnos.

—Pero ¡eso puede tardar mucho tiempo, Enrique!

—¿Qué nos importará el tiempo a nosotros, si podremos seguir viéndonos tranquilamente?

—Pensarán que quiero aprovecharme de un hombre rico.

—Que piensen lo que quieran, Laura, querida, es lo único que podemos hacer. Si continuáramos así, con Elisa viva, y ella se enterase de lo nuestro, yo quedaría arruinado; casi todo el dinero de nuestros negocios es de ella, me apartaría de todo... ¡Tienes que entenderlo!

—Sí, lo entiendo... Lo entiendo...

—Entonces... ¿me ayudarás?

La preciosa Laura tragó saliva, asintió con la cabeza, y al mismo tiempo murmuró, con un hilo de voz:

—Sí, te ayudaré...

Poco antes de las seis de la tarde del viernes, el conserje del edificio vio salir al señor Villalba, que se acercó a él con su amable gesto de siempre.

—Buenas tardes. Felipe.

—Buenas tardes, señor Villalba.

—Va a tener que hacerme un favor, Felipe. Se nos ha estropeado el teléfono en casa, y habrá que llamar a la Telefónica para que pasen a arreglarlo. ¿Quiere encargarse de ello?

—Descuide usted. Lo haré ahora mismo, y si no pueden atenderme llamaré a primera hora de la mañana.

—Gracias. Otra cosa... Yo me voy al chalet ahora, pues tengo que terminar un trabajo importante, y mañana quisiera estar listo ya de eso. Mi esposa se reunirá conmigo mañana por la mañana..., pero —sonrió— si alguien le pregunta por nosotros, usted no sabe nada de nada.

—Comprendido, señor Villalba. Hay que descansar de verdad de cuando en cuando, ¿eh?

—De lo contrario acabaría loco.

Enrique captó la mirada del conserje hacia la puerta, y se volvió discretamente. Laura estaba entrando en el vestíbulo. Enrique se volvió completamente hacia ella, sonriendo.

—Hola. Laurita... ¡Usted siempre tan puntual!

—Buenas tardes, señor Villalba. ¿Está su esposa en casa?

—Claro. Y la está esperando, además, según creo.

—Sí. Bueno, es que he llamado un par de veces por teléfono para confirmar la...

—Tenemos el teléfono estropeado.

—Ah. Bien, voy a subir...

—¿No me arreglaría a mi las uñas? —deslizó Enrique.

—¿Por qué no? —le sonrió ella, con cierta malicia—. Venga usted cuando guste al salón y le atenderé con mucho gusto.

—Al salón... Ya.

—Se me está haciendo tarde, disculpe. Hasta otra.

—Adiós, hija, adiós...

Laura se dirigió hacia el ascensor, y los dos hombres se quedaron mirándola. Cuando la perdieron de vista cambiaron una mirada muy masculina, y Enrique sonrió y guiñó un ojo, lo que provocó una ancha sonrisa en el conserje.

—Bueno, tengo que irme —dijo Enrique—. Hasta el lunes.

—Adiós, señor Villalba. ¡Que descanse mucho!

—Eso espero —volvió a suspirar Enrique.

Se metió en el otro ascensor, y pulsó el botón del estacionamiento. Un minuto más tarde salía a la calle. Dentro del maletero iba Elisa, casi completamente dormida y, desde luego, bien atada y amordazada.

«Lo difícil será matarla... —pensó, estremeciéndose—. Pero tendré que hacerlo».

Llegó al chalet a las siete y cinco, cuando ya era de noche. Mas

no había invertido tanto tiempo en el viaje por esperar la oscuridad, sino porque cuanto más lo pensaba más difícil se le aparecía la última parte del plan, y esto, inconscientemente, le había hecho viajar invirtiendo veinte minutos más que de costumbre. Era una demora fruto de la indecisión, del miedo.

Porque no era tan fácil, no... Ahora tenía que salir del coche, abrir el maletero, y sacar de él a Elisa, que seguramente se habría recuperado lo suficiente para mirarle coordinando ya. Sí, ella le miraría, seguramente con los ojos muy abiertos, quizá asustada. O quizá colérica. O ambas cosas. ¿Qué debía estar pensando Elisa de todo aquello? Con seguridad, había comprendido ya que él se proponía eliminarla.

No, no era fácil. Tenía que matar a una persona que le estaría mirando, que se resistiría pese a estar atada de pies y manos, que intentaría gritar, que se desesperaría, que le contemplaría como a un monstruo...

Pero había que hacerlo.

Salió del coche, y captó perfectamente el temblor de sus piernas. ¿Y si al cargársela en un hombro le fallaban las piernas y rodaban ambos por el suelo? Tendría que volver a cargar con ella... Bueno, Elisa pesaba poco. Era tres años mayor que él, y se cuidaba mucho, siempre seguía una dieta muy escrupulosa. Y él era fuerte.

Cuando se detuvo ante el maletero estaba sudando, y le temblaban las manos y las rodillas. ¿Y si la metía viva en la cuba de vino, para que se ahogara? Así, él no tendría que hacer nada; sólo dejarla caer dentro, subir al saloncito y tomarse un *whisky*..., mientras Elisa se ahogaba en vino y moría. Y moría. Y moría. Y moría...

Era lo más cobarde, pero lo más cómodo; lo más práctico.

¿Cómo era posible que hubiese en el mundo alguien capaz de matar fríamente a otra persona? Le parecía que era imposible. Y sentía la cabeza como si la tuviera llena de humo.

Tan ofuscado estaba que ni vio ni oyó nada tras él. No vio la sombra que se acercó por su espalda, ni el brillo del largo punzón, que se alzó y se abatió fuertemente. El agudo acero penetró rozando el omóplato, y se hundió con chirriante sonido en su carne. Enrique Villalba emitió un ahogado quejido, cayó de bruces sobre la tapa del maletero, se deslizó por ésta, y cayó rodando al suelo. Ni

siquiera se dio cuenta de que todavía pudo ponerse en pie. Entonces sí vio la sombra ante él.

Una sombra en la que destacaban los bonitos cabellos rubios, las facciones bellísimas ahora crispadas. Como por entre aquellas masas de humo. Enrique pudo ver bien aquel rostro, por fin.

—¿Lau... ra...? —jadeó.

Laura adelantó hacia él, y le clavó de nuevo el punzón, ahora en el pecho, sobre el corazón. Los ojos de Enrique se desorbitaron, mientras sentía aquel dolor y aquel frío en su pecho, que duraron muy poco, pues el corazón se detuvo.

Cuando comenzó a caer de espaldas, ya estaba muerto.

Laura se acercó a él, se inclinó, y con la palanqueta que sostenía en la mano izquierda estuvo a punto de golpearle en la cabeza. Pero lo pensó mejor, fue hacia la puerta del chalet, y durante un minuto estuvo intentando forzarla. Luego sí, silenciosamente, calzada con zapatos de hombre, regresó junto al cadáver, y le golpeó tres o cuatro veces, en la cabeza y en un hombro. Los golpes sonaban blandamente, como sobre cera.

Por último, Laura le quitó la billetera a Enrique, y de dentro del coche sacó el portafolios, dentro del cual metió la billetera, el punzón y la palanqueta. Recogió del suelo las llaves del coche, y abrió el maletero.

Dentro de éste. Elisa la contempló fijamente. Laura le quitó la mordaza de esparadrapo, y soltó sus manos y sus pies. Luego, se la cargó en un hombro, y caminó pesadamente, alejándose del chalet, hasta donde había dejado su coche, con el que se había adelantado a Enrique. Metió dentro a Elisa, y ella fue a sentarse ante el volante, tras recoger el portafolios.

—Pararé cerca de tu casa —susurró Laura—, y entraremos a pie por el *parking*, y subiremos a tu piso. Tenemos el tiempo justo para que se considere que he terminado el servicio, y me iré. Tendrás que arreglarte sola para ir a esa cena, aunque sea con un poco de retraso, pero a todos los efectos, ni tú ni yo nos habremos movido de tu piso en todo el tiempo, y tú iras con tus amigos y yo con los míos... ¿Estás bien? ¿Estás en condiciones?

Elisa pasó una mano por la nuca de Laura, la atrajo, y metió la otra mano en busca de los hermosos pechos de su manicura, que acarició mientras la besaba dulcemente en la boca. Luego,

mirándola fijamente, con ternura, sin dejar de acariciarle los pechos, susurró:

—Querida Laura..., ¡cuánto te amo!

—Yo también a ti, mi amor. ¡Y todo ha salido tan bien!

Cuando Felicia terminó su relato Chase Culp estaba todavía con el ceño fruncido. De pronto soltó un bufido, y masculló:

—Atiza, prenda: ¡eran lesbianas!

—Son cosas que pasan —asintió Felicia, sonriendo.

—Esperemos que no pasen a menudo. Por ejemplo, ¿tú no...? ¿Eh?

—No —rió Felicia—. ¡Yo no, nada de eso! A mí me gusta lo normal, o sea, los hombres. A ser posibles altos, guapos, inteligentes, románticos, dulces y bondadosos.

—¿Qué me dices? ¿Y ricos no?

—Pues ¡ya que lo dices, también! —rió de nuevo Felicia—. ¿Quieres que te explique otro caso...? Éste sucedió en México, y...

—Habíamos convenido ir a cenar juntos, ¿recuerdas?

—Oh, bueno, pero se está bien aquí, charlando. —Felicia deslizó una mano por encima de la mesa y la posó sobre una de Chase—. ¿Por qué no pedimos unos bocadillos y cenamos aquí mismo? ¡Quizá todavía consigamos algo respecto a Roscoe Bullock!

—Son las ocho y cinco, y el anónimo dice a las siete.

—Pero no todo el mundo es tan puntual como tú. ¡Quizá nuestro anónimo comunicante haya tenido una avería de coche, o algo así!

Chase Culp miró la mano de Felicia sobre la suya. Había un contraste que le excitó. Le pareció una tontería en aquel momento, pero ver la mano de ella, tan delicada, blanca y fina, con las uñas esmaltadas en rosa, encima de la suya, mucho más grande, nervuda y velluda, le excitó hasta el punto de que, simplemente, entró en súbita erección. Soltó un gruñido y miró a Felicia con los ojos.

—¿Qué te pasa? —susurró ella.

—Si te lo digo no te va a gustar, así que dejémoslo.

—¿Y cómo sabes que no me va a gustar?

—Aclaremos una cosa: ¿estás casada... o algo así?

—Ni casada ni algo así. Estoy completamente libre..., pero espero que no se te ocurra pensar que soy virgen —se echó a reír una vez más—. ¡Eso sería demasiado, a mis veinticuatro años!

—¿Cuándo y cómo dejaste de ser virgen?

—Chase..., prefiero hablar de otra cosa. No creas que tengo ningún trauma, ni nada de nada. Soy una chica normalísima, pero hay cosas que ya no forman parte de mi vida, y prefiero apartarlas para que las que sí forman parte de mi vida ocupen todo el espacio.

—A eso le llamo yo ser razonable, consecuente, lógica y sensata. Pero está bien, hablemos de otra cosa... ¿Te gustan los gatos? Te lo pregunto porque veo que en este bar uno que parece siamés... Y hablando de gatos, recuerdo un caso, que por cierto ocurrió en Francia, y cuyo resumen apareció en la revista Modern Killers, que se tituló...

EL GATO EN EL TEJADO

—¿Cuándo volverás? —preguntó Roger.

Claudine, su esposa, encogió los hombros.

—No lo sé.

—Deberías tener una idea aproximada —insistió él.

—Pues no la tengo.

—¿Crees que estarás un par de días, por ejemplo?

Claudine se impacientó, y miró a su marido de aquel modo que últimamente a él no le gustaba nada. Mejor dicho, no se trataba de que siempre le hubiese mirado así y sólo en los últimos tiempos él hubiese reparado en que no le gustaba aquel modo de mirarlo, sino de que últimamente su querida esposa le miraba de una manera... inquietante. Sí, inquietante.

—Ya te he dicho que no lo sé, Roger. Puede que esté dos días, pero también es posible que esté toda una semana completa en Quebec. Depende de la salud de mi hermana. Comprenderás que puesta a hacer el viaje no voy a dejarla sola de nuevo hasta estar segura de que se ha recuperado totalmente.

—No es un viaje tan importante; de aquí a Quebec apenas hay doscientos cincuenta kilómetros.

—El viaje no es importante para mí por la distancia, sino por mi hermana. La verdad, no sé qué te pasa. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Me intereso por tu viaje, eso es todo.

Claudine entornó los párpados.

—¿Te estás burlando de mí? —murmuró.

—Claro que no.

—Pues es la primera vez que te interesas por mí o por mis cosas desde hace años. Francamente, me sorprende, querido.

—A mí me parece que estás exagerando.

De nuevo se quedó Claudine mirándolo fijamente, de aquel

modo inédito. Roger Savard tenía la impresión de que su mujer creía contemplar un bicho raro. ¡A buena hora, después de veinte años de matrimonio! Bien pocas cosas nuevas podían descubrir el uno en el otro después de veinte años de convivencia.

Aunque nunca se sabe... Al parecer, Claudine si había descubierto algo nuevo en él. O parecía estar estudiándolo como si se hallara convencida de que él sí tenía algo nuevo que ofrecerle, y que sólo se trataba de que ella lo descubriera. Era una mirada... escrutadora, en profundidad. Demasiado profunda. Inquietante. Maldita sea, sí, la mirada de Claudine era inquietante.

—Tal vez esté exagerando —murmuró Claudine—, pero estoy muy sorprendida por tu interés. He estado fuera otras veces, y mi impresión es que más bien te resultaba indiferente mi presencia o mi ausencia. Esta vez se diría que te alegras de mi marcha.

—Imaginaciones tuyas.

—Creo que no son imaginaciones. Y no me importa que te alegres de mi marcha; eso me es indiferente. Lo que me sorprende es tu interés por este viaje. Normalmente, mientras yo preparo mis cosas, tú estarías en la sala leyendo y tomando coñac, como si yo no existiera.

—¡Eres muy injusta!

—¿A quién tratas de engañar? Estamos solos, Roger.

—No estamos solos —gruñó él—: está el gato.

—¿Qué tiene que ver *Monsieur Duval* con esto?

—Se me ha ocurrido que si estás muchos días fuera el animalito podría extrañarte y sentirse afectado.

Claudine quedó estupefacta.

—¿De verdad no te estás burlando de mí? —exclamó luego.

—De verdad.

—Pues sigo sin entenderte. Los dos sabemos que *Monsieur Duval* no te resulta precisamente simpático, así que no entiendo que te preocupes por él, por sus... sentimientos debido a mi ausencia. Tú cuídalo bien y ya verás como Duval no me echará mucho de menos. Un perro tal vez, pero no un gato. Y aunque me eche de menos, su dignidad le impedirá manifestarse en ese sentido o en cualquier otro. De manera que deja de preocuparte por Duval o por mí. ¿Algo más, querido?

—No —gruñó Roger Savard.

Dio la vuelta y salió del dormitorio, dejando a su esposa ante los últimos preparativos del equipaje que llevaría a Quebec. Ciertamente, vivían a poco más de doscientos kilómetros al Norte de Quebec, en Roberval, a orillas del Lac St. Jean, así que la distancia a que se encontrarían durante el viaje de Claudine no sería excesiva. En tren se resolvía el viaje en poco más de tres horas, y prácticamente lo mismo por carretera. Bueno, por carretera algo más, en invierno, pues había bastante nieve. Claudine había dicho de llevarse el coche, pero él la había disuadido, alegando que podía ser peligroso y, con un mínimo de mala suerte, alargarse el viaje más que si lo efectuara en tren. ¿Acaso el tren no era más seguro cuando las carreteras estaban nevadas? Claro que limpiaban la nieve muy a menudo, pero nunca se sabe: un trozo helado, un pequeño alud, un conductor poco habituado y sus fallos...

En realidad, la cosa era mucho más simple: Roger quería el coche para él, para cumplir sus planes. Le importaba un pito que su esposa se aplastase los sesos contra el parabrisas del coche o que un camión la convirtiera en albóndiga dentro del coche aplastando a éste en un choque frontal. Odiaba a Claudine, y ella lo sabía, del mismo modo que él sabía que ella le odiaba a él. Era un odio... mutuo y educado.

Tenía gracia esto: mutuo y educado.

Bueno, así son las cosas. Uno se enamora locamente, pasa el tiempo, y de pronto, aquella cosa rara que ha estado funcionando hacia la otra persona se revela como un odio taimado y pausado.

El peor de los odios. Porque un odio del momento, fructificado por una situación determinada, es comprensible, y resulta bastante fácil de controlar o contrarrestar. Pero ese odio lento y añejo, que nunca se manifiesta abiertamente, es de una perfidia escalofriante. Es un odio que va acumulando sensaciones y deseos.

Por ejemplo, si a Roger Savard le hubiera preguntado qué era lo que más deseaba en el mundo habría contestado que matar a su esposa. Pero no de un tiro o de un escopetazo, nada de eso, ¡qué estupidez!

Claudine no merecía una muerte tan vulgar, tan casera.

Nada de eso, amiguita.

Si Roger hubiera tenido valor, habría hecho cosas muy «bonitas» con su mujer. Pero cualquiera se atrevía. Allí estaba la policía

canadiense, que de tonta no tenía un pelo, y si él se las daba de listo y escapaba, la Policía Montada lo encontraría aunque se escondiera bajo montañas de nieve. ¿Y valía la pena ir a parar a la cárcel solo por haber matado a Claudine, valía la pena pudrirse en prisión sólo por haber eliminado aquella miserable vida?

Ni hablar de eso.

Claro que... hay muertes y hay muertes. Por ejemplo, si él tuviera valor, la muerte de Claudine no sería apta para que los menores la leyesen en los periódicos. ¡Y no te digo nada para que vieses en la televisión cómo habría quedado su cadáver! Por de pronto, para empezar, lo primero que haría sería cortarle las manos a Claudine.

Ah, sí, le cortarían las manos. ¿Por qué? Obsesiones. Cosas que le pasan a uno por la cabeza. Por ejemplo, hacía años las manos de Claudine habían servido para acariciarle a él. Eran unas manos bonitas, entonces: finas, esbeltas, siempre bien cuidadas... Podía recordar el bello efecto que le habían producido aquellas manos haciéndole caricias íntimas. Pero últimamente las manos de Claudine habían devenido en regordetas, se ponía más sortijas de lo que permitía un mínimo buen gusto, y siempre las veía acariciando al gato.

El maldito gato. ¡Mira que ponerle de nombre *Monsieur* Duval a un gato!

El maldito gato, que naturalmente allá estaba, en la sala, tumbado señorialmente ante la chimenea, gozando del grato calor de los hermosos leños que él, Roger Savard, tenía que comprar, pagar con su dinero. Además, las manos regordetas y ensortijadas de Claudine habían tejido una encantadora manta de gruesa lana de colores para Duval, una manta colocada ante el fuego y sobre la cual el animal se tendía para pasar las mejores horas de su vida... mientras él, el dueño de la casa, del fuego, de la lana de la manta, de la comida, y de todo tenía que salir de la acogedora casa e ir a trabajar, cosa que, naturalmente, el gato no hacía. Ni lo hacía Claudine.

Él se iba y ellos se quedaban: Claudine y Duval.

Claudine y Duval.

Bueno, con un gato ya sería demasiado, ¿no? Porque una cosa son las historias de señora con un gran perro y otra cosa sería con

un gato. No había que exagerar, en ese sentido. Pero en el otro sí. Roger se imaginaba a Claudine y Duval en la casa mientras él se iba a trabajar. Claudine lo había negado, pero él sabía que por las mañanas, en cuanto él se iba. Duval saltaba a la cama, ocupando el sitio caliente que él había tenido que abandonar para ir a trabajar... Claudine y Duval.

A veces. Roger sorprendía miradas entre su esposa y el gato y sentía en el acto una ira fría que le ocasionaba un nudo en el estómago. Se miraban de un modo privado. Esa clase de miradas que intercambian personas muy bien avenidas y entendidas, miradas que nadie más que ellos entienden, que son sólo para ellos. Miradas privadas, así las llamaba Roger Savard. Y no comprendía cómo un gato y una mujer podían mirarse de ese modo. Porque sí, bien estaba entre dos personas, pero... ¿cómo admitirle a un gato ese mínimo de inteligencia, de afecto, de comprensión?

Tal vez, pensó Roger, la rabia le estaba trastornando ligeramente. Tal vez.

En cualquier caso, si pudiera le cortaría las manos a Claudine, para que dejara de acariciar al maldito gato. Bueno, en realidad había pensado muchas más cosas con respecto a Claudine, lo de más manos era lo de menos. Eso sí: no se las cortarías de un hachazo, por ejemplo. ¡Qué barbaridad, nada de eso! Se las cortaría con una hoja de afeitar. Exactamente: con una hoja de afeitar. Se lo imaginaba: cuchilla en ristre, se acercaba a Claudine y le decía:

—Y ahora, asquerosa, ven, que voy a cortarte las manos... ¡y verás lo que hago con ellas!

De pie ante la chimenea, pensando en aquello, casi viviéndolo, tal era la intensidad de sus pensamientos. Roger emitió una risita baja, gutural, de auténtico gozo.

—¿Decías algo? —Le llegó la voz de Claudine desde el dormitorio.

Se sobresaltó; se alarmó. A veces, se dejaba llevar demasiado por los deseos y los pensamientos, se aislaba de tal modo en sus gozos privados que reaccionaba instintivamente como si estuviese haciendo de verdad las cosas que soñaba despierto. Y esto le iba a ocasionar un disgusto cualquier día, porque incluso se le podía escapar una frase, una exclamación, tales como ¡muere, vieja cerda!, ¡mira lo que hago con tu gato! Porque en cuanto al gato...

—¡Roger! ¿Decías algo?

Se sobresaltó de nuevo. Sí, la intensidad de los pensamientos era a veces tan profunda que se desconectaba del mundo exterior. Tendría que ir con cuidado con esto.

—No —alzó la voz, un poco engolada—. No decía nada.

—Estaré lista dentro de diez minutos. ¿Quieres avisar a Pierre, por favor? Debe estar esperando para pasar a buscarme con el coche y llevarme a la estación.

—Le voy a llamar.

Estuvo unos segundos mirando a *Monsieur* Duval, que a su vez le miraba con no poca atención y vigilancia. Los dos se conocían bastante bien, no había engaños entre ellos. Él odiaba al gato, y éste lo sabía, pero sabía que nada le iba a ocurrir, porque la mujer le protegía. Era muy simple. ¡Y vaya si lo sabía el gato! Estuvieron mirándose unos segundos. La mirada del gato era totalmente inexpresiva, amarilla y fija. Ni siquiera era despectiva, lo cual tenía todavía más irritado a Roger. Porque una mirada despectiva indicaría, cuando menos, una reacción hacia el hombre; pero ni eso: simplemente, el gato lo miraba con sus alargadas pupilas frías y quietas. En ocasiones, Roger había creído ver la luz de una inteligencia perversa en aquellas pupilas, una inteligencia fuera de lo corriente en un gato y hasta en una persona, pero, claro, todo eran imaginaciones suyas. Un gato era un gato y nada más que un gato, por mucho que dijeran los de la Canadian Cat Association.

—¿Has llamado ya a Pierre?

Esta vez el sobresalto fue mayor, pues la voz de Claudine había sonado en la entrada de la sala. Se volvió respingando, y captó todavía la curiosa mirada de ella. Tal vez era una mirada simplemente curiosa, intrigada. Pensó que Claudine, sencillamente, se estaba mosqueando. Debía estar observando un comportamiento anormal en él. Y seguramente era así: tal vez no era tan listo como se creía, y un día que tenía determinados planes su esposa era capaz de detectar su estado de ánimo excitado y alegre.

—No —se repuso vivamente—. Le llamo ahora misma.

—No quisiera perder el tren, Roger.

—No te preocupes. Si Pierre no puede venir o ya se ha marchado yo mismo te llevaré, naturalmente.

—No veo la necesidad de sacar el coche del garaje, si

precisamente a estas horas Pierre tiene que ir a la estación a recoger sus mercancías. Bueno, llámalo ya.

—Sí.

Roger efectuó la llamada a su amigo Pierre. Ya habían convenido el día anterior que Claudine le avisaría cuando estuviese preparada, ya todo estaba acordado, así que había poco que hablar. Roger despachó pronto con Pierre, colgó el auricular, y miró hacia la puerta. Claudine ya no estaba allí. Miró al gato, que seguía observándole con majestuosidad de esfinge, y le hizo el gesto del cornudo, sonriendo y susurrando:

—Espera y verás...

Se acercó a la gran ventana y encendió un cigarrillo. Bueno, no tenía nada de extraño que estuviese nevando. Poco, pero nevaba. Claro que todavía no hacía el frío suficiente para que se helasen las aguas del lago, pero ya llegaría...

Sólo que entonces él ya no estaría allí, en aquella casa, en aquel lugar frío e inhóspito, con aquella mujer, con aquel gato. ¿Cómo había dicho Claudine que era el gato...? Un Maine Coon, si no recordaba mal. Tanta tontería por un simple y maldito gato. Un Maine Coon. Bueno, ¿y qué? Claudine se había comprado un libro de gatos en el que se mencionaba el Maine Coon, claro está. Una de las cosas que se decían del Maine Coon era que se trataba de «un gato sólido y resistente, capaz de soportar un clima duro». Bueno, eso ya se vería.

Sí, ya se vería.

Riendo por lo bajo, controlando la tos que le entró al atragantarse con el tabaco, Roger Savard se volvió a mirar al gato, que, al verlo alejarse, había vuelto a tenderse cómodamente preocupándose de él.

—¡Psi-psi, minino! —susurró Roger.

Monsieur Duval alzó la cabeza, y de nuevo sus ojos de fuego frío se posaron en el hombre, que volvió a hacerle el gesto del cornudo, y acto seguido, cual nuevo César poseedor de la vida y la muerte, bajó el pulgar, con un gesto seco.

—Ya verás —susurró.

Simplemente, el gato le miraba. A decir verdad, sí era un gato hermoso, grande y fuerte, de pelaje espeso y lanoso. Sus colores consistían en un atigrado pardo y negro, y tenía en el cuello una

gran mancha blanca que lo rodeaba casi completamente. Claudine le había dicho muchísimas veces que el Maine Coon, especialmente el de las características de *Monsieur Duval*, estaba considerado como un gato esencialmente amable. Pues muy bien.

En cuanto a Claudine... ¿Qué estaba pensando antes de Claudine? Ah, sí, lo de las manos. ¡Oh, sí, cortarle las manos! Lo haría con una hoja de afeitar. Claro está que antes a ella tendría que amarrarla, porque no se dejaría cortar las manos tan fácilmente. Pero eso daría más emoción al asunto.

Veamos... Podía conseguir no menos de dos triunfos en una sola jugada. Podía atarla de manos a los barrotes de la cabecera de la cama... No. Mejor a los barrotes de los pies de la cama. Aquella estúpida cama de barrotes de latón que Claudine había querido comprar hacía años, cuando se pusieron de moda. Ya le iba a dar él moda... La ataría allí de modo que la cabeza de ella estuviese hacia los pies de la cama. Las manos tan fuertemente atadas a los barrotes por las muñecas que no podría moverlas ni un milímetro. Y desnuda, claro, con el gordo trasero en el centro de la cama. Entonces, antes que nada, él se colocaría de rodillas detrás de ella, en la cama, y la sodomizaría. Esto era algo que ella nunca había consentido en su vida matrimonial, algo que él nunca le había perdonado.

Así que lo primero que haría sería sodomizarla. La destrozaría, le haría gritar, le causaría dolores atroces con sus avasallamientos sexuales antinatura. ¡La destrozaría! Luego, cuando ella, rota, estuviese gimiendo o quizá insultándole y llamándole *cochon*, él acercaría una silla a los barrotes de los pies de la cama, pero por el lado de fuera de ésta, naturalmente. Se sentaría cómodamente ante las manos de Claudine, y exhibiría la hoja de afeitar.

Casi veía los ojos de ella desorbitados, fijos en la hoja de afeitar.

Casi oía su voz quejumbrosa y blanda de vieja cerda pisoteada:

—¿Qué... qué vas a hacer ahora...?

—Voy a cortarte las manos y te las voy a meter... ¡adivina dónde!

Se echaba a reír mientras ella le contemplaba aterrada, hasta que comprendía que él hablaba en serio y dónde había pensado meterle las manos: precisamente en el sitio que tantos años había tenido prohibido, y que acababa de hollar.

- No... ¡No, por Dios! ¡Roger, no hagas eso!
- No te preocupes, mujer... ¡Cabrán!
- Por el amor de Dios, ¡no me cortes las manos!
- Claro que te las voy a cortar. Mira, ¿ves?

Comenzaba a cortar. La hoja de afeitar era fina y afiladísima. De primera calidad. La carne se abría con una facilidad increíble. Claudine tenía las muñecas carnosas, rotundas, macizas. La delgada hoja de acero entraba bien en aquella carne densa y prieta. Entraba suavemente. Era como corlar mantequilla, tan afilada era la hoja de acero.

Por supuesto. Claudine gritaba y gritaba y gritaba... Gritaba en todos los tonos y toda clase de cosas. Suplicaba y le insultaba, pero sobre todo gritaba, gritaba mucho, y lloraba como si la estuvieran haciendo pedazos... ¡Lo cual era cierto, ja, ja, ja!

¿Acaso no era cierto que él la estaba haciendo pedazos, empezando por las manos? La hoja de acero entraba en la carne. De repente, notaba algo un poco más duro, pero, con una leve presión, el problema quedaba resuelto, el tendón era cortado. Salía sangre en abundancia, ¡vaya si salía sangre! Y entonces, él recordaba que mucha gente, para suicidarse, recurre a cortarse las venas de las muñecas.

¿O sea que Claudine iba a morir, desangrada por las muñecas?

¡Ah, no, eso no tendría nada de gracia! De modo que se procuraba unos trozos de hilo eléctrico, y lo enrollaba en las muñecas de Claudine, apretándolo fuertemente, de modo que muy pronto dejó de brotar la sangre. Él cortaba las manos, pero la sangre se quedaba en el cuerpo de Claudine, ella podía seguir viviendo, para ver cómo le cortaba las manos y se las metía, ya sabía dónde.

De modo que seguía cortando: zzzdi, zzzzdi, zzzzdiiii, ludía el acero contra la carne, que parecía carne de pétalo de flor; sonrosada, tirando a rojo. Pero había apretado tan bien que apenas salía sangre. Simplemente, rezumaba un poco. Sí, ésa era la palabra que tanto tiempo había estado buscando; la sangre rezumaba de la carne blanca y sonrosada; era como apretar suavemente una esponja empapada en sangre; o en líquido de rosa; en esencia de rosa. Uno cortaba, y veía las venas como extraños canutillos, y aquellas extrañas fibras duras que debían ser los tendones. Y llegaba a los huesos. Con la hoja de afeitar iba apartando pedazos de carne

y tirándolos al suelo, para dejar bien visibles los huesos. ¡Caramba, sí que había huesos en la articulación de la mano y la muñeca! Pero bueno, como ya todo estaba cortado solo había que dar un tirón y arrancar la mano.

Et voilà, ya tenía la mano en la mano. Esto tenía gracia. ¡La mano en la mano, ja, ja, ja! Entonces miraba a Claudine, le mostraba la mano cortada y le decía:

—Bueno, una mano te la voy a meter allí, pero otra te la vas a comer. ¡Así aprenderás a acariciar asquerosos gatos mientras yo paso ansias de juegos que nunca aceptas!

Esto le dio que pensar. ¿Odiaba a Claudine porque ella se había negado a aceptar ciertas cosas dentro de las intimidades sexuales del matrimonio? Se respondió honradamente que no, que no era por eso. Es claro que ella le había negado cosas, pero tampoco era para tanto. La odiaba porque hacía demasiados años que estaba con él, o tal vez porque con ella a su lado él no se había desarrollado como habría sido de desear. Quizá ella se había convertido realmente en «la mitad de su vida», y ahora le parecía que eso era una atrocidad, y que él quería «toda» su vida para vivirla por sí mismo...

¡Como crujían los huesos de la muñeca al retorcerlos para arrancar las manos! Era un crujir deliciosamente siniestro. Le ponía los pelos de punta, le escalofriaba, pero al mismo tiempo le producía un placer extraordinariamente malvado y saludable, le descongestionaba de odio el corazón, era como quitarse un peso de encima, era como ingerir un medicamento que le proporcionaba alegría y vitalidad. ¡Crrrakkksh...!, crujían los huesos. ¡Venga, cómete esta mano, y prepárate, que te meto la otra en el túnel, ja, ja, ja...!

También podía cortarle los pechos. Ésta era una cosa que le tenía tan obsesionado como las manos. Pero la cosa era diferente, muy diferente, porque en los pechos todo era carne. Y además con una cuchilla de afeitar la cosa se alargaría demasiado y produciría un destrozo que le restaría estética al trabajo. ¿Con qué podía cortar los pechos en redondo?

Eso era, en redondo. Algo que rodease los pechos, y que de un solo tajo circular, ¡zas!, pechos fuera. Podía colocarlos en una bandeja, con el pezón hacia arriba, como si fuesen montañitas, y adornarlos con unas patatas estofadas, o unos champiñones. Podía

invitar a sus amigos: venid, vamos a comer los pechos de Claudine al horno con champiñones...

Pero lo que de verdad, de verdad, de verdad le gustaría sería arrancarle los labios a mordiscos a Claudine. ¡Aquella boca gordita y sensual que ahora sólo servía para darle besitos al gato! Podía arrancarle los labios a mordiscos, masticarlos, triturarlos, ingerirlos. Y ella estaría gritando mientras él se comía sus labios y los dientes comenzaban a verse, como pintados de sangre...

En un súbito regreso a la realidad presente Roger Savard se encontró a sí mismo mirando sin ver a *Monsieur* Duval, que sí le miraba viéndole. Le miraba con sus ojos de siniestra pupila vertical fija, quieta como si fuese de cristal.

—Espera y verás —susurró de nuevo Roger.

Se dirigió al dormitorio. Claudine volvió la cabeza al oírlo, y señaló las cosas que había sobre la cama.

—Creo que no me dejo nada. ¿Qué ha dicho Pierre?

—Estará aquí enseguida. Sacaré todo eso al porche.

—Gracias.

—Acuérdate de telefonearme cuando llegues. Y en cuanto puedas me dices si vas a estar mucho tiempo en Quebec.

—Bueno, no creo estar menos de cuatro o cinco días, la verdad.

—Ya es una orientación.

Sacó las cosas de ella al porche. Quizá nevase fuerte por la noche. Y ciertamente aquella noche *Monsieur* Duval no la iba a pasar delante del fuego, no. ¡Seguro que no! Lo tenía todo muy bien pensado.

Claudine estaba en el recibidor, poniéndose bien el abrigo. Roger la ayudó.

—Ya sé que no quieres mucho a *Monsieur* Duval —se volvió a mirarlo Claudine—, pero te agradecería que lo cuidases estos días. No te pido que hagas maravillas, Roger: sólo que le pongas comida un par de veces al día y le limpies su cajón de tierra. Es muy fácil.

—Está bien.

—¿Lo harás?

—Sí, mujer.

—Confío en ello.

—Y también cuidaré de mí —dijo festivamente Roger.

Claudine enrojeció, captando en el acto la indirecta.

—No te digo a ti lo que has de hacer porque ya lo sabes —se defendió—. No voy a tratarte como si fueses tonto, ¿verdad? Es lógico que te cuides.

—Sí, es lógico. Creo que ahí llega Pierre.

—Voy a despedirme de *Monsieur* Duval.

Roger apretó los labios, escatimando el comentario. Salió de la casa. Pierre había saltado del vehículo, le saludó alegremente y le ayudó a cargar las cosas de Claudine, haciendo comentarios sobre el tiempo, el viaje en tren, Quebec, y veinte cosas más a cuál más innecesaria e insignificante. O tal vez se lo parecían aquel día a Roger, pues estaba obsesionado con la marcha de Claudine, no veía la hora en que ella se ausentara. Tan impaciente se mostraba finalmente que dejó a Pierre y entró en la casa para dar prisa a su esposa.

Claudine estaba en la sala, delante del fuego, arrodillada. Tenía en brazos a Duval y le estaba prodigando frases cariñosas y besos. El animal lo aceptaba todo como si la vida tuviese momentos malos y momentos buenos y fuese absurdo rebelarse contra unos u otros. Cuando Roger se acercó, la vertical mirada siniestra saltó hacia él, y quedó fija, como siempre.

—Vamos, Claudine —farfulló Roger—. ¡Pierre está esperando con el motor en marcha!

—Sí, ya voy.

Todavía le dijo unas cuantas tonterías más a Duval y le dio una gran cantidad de besos.

Cuando se alejaba de allí en compañía de Pierre, Claudine recordó que no había besado ni una sola vez a su marido en la despedida.

«Bueno —pensó—, no creo que lo haya echado de menos».

Y lo olvidó.

Dentro de la casa, Roger Savard sonreía. No le importaba en absoluto que su esposa le hubiera besado o no antes de partir. No le importaba nada de nada, vamos. Lo que él quería era lo que ya tenía: toda la casa para él... y *Monsieur* Duval.

Sus planes eran concretos y sencillos: aquella noche mataría a *Monsieur* Duval, y por la mañana, tranquilamente, con su coche se alejaría de la casa. Pasaría por el banco, retiraría la totalidad de los ahorros que tenían él y Claudine, y con el coche, se iría hacia el

Sur. Pero no a Estados Unidos, no. Demasiado cerca, amiguita Se iría a México, y allá, simplemente, se dedicaría a vivir a pleno sol hasta que se le terminase el dinero. Aunque si sabía administrarlo y aceptaba cualquier trabajillo de media jornada podía pasarse el resto de su vida viviendo muy agradablemente...

Después de matar a *Monsieur Duval*, claro.

Pero no lo iba a matar de cualquier manera, no. Nada de eso, amiguito. En realidad, tenía varios modos de deshacerse del maldito gato, pero ya había seleccionado uno. A Duval le gustaba muchísimo el calor del fuego. Podía, por ejemplo, tirarlo al fuego, pero no, no, no, nada de fuego. Lo iba a malar de frío. Y no de cualquier manera. Supongamos que lo echase a patadas de la casa. Seguro que aquella noche iba a nevar fuerte, pero... ¿significaba eso forzosamente que Duval iba a morir de frío?

Claro que no.

Ni soñarlo.

Incluso un gato casero y mimado como Duval sabría protegerse del frío, buscar cobijo en cualquier parte. Incluso era más que posible que llegase a otra casa cualquiera de la vecindad, donde sin duda lo acogerían... No, nada de eso. Nada de sacarlo de la casa.

Pero sí lo iba a matar de frío.

Te gusta el calor, ¿eh? ¿Eh, eh, eh? Te gusta el calor, ¿no es así, asqueroso animal? Pues ¡yo te voy a dar a ti calor, vas a ver! ¡Te vas a pudrir de calor en el frigorífico!

Se echó a reír mientras entraba en la sala. ¿Era o no era una buena idea lo del frigorífico? ¿Eh? ¿Era o no era una buena idea? Vaciaría el frigorífico completamente, lo pondría al máximo de frío, y metería dentro a *Monsieur Duval*. ¡Y al demonio contigo, maldito seas! Se imaginó al animal volviéndose loco de frío y de rabia dentro del frigorífico, posiblemente lanzándose a mordisco y zarpazo limpio contra las paredes. Ya puedes morder y arañar, ya, amiguito. Tú muerde y araña todo cuanto quieras, pero cuando yo abra el frigorífico por la mañana te encontraré más tieso que un carámbano.

—Me gustara ver cómo quedas —dijo, dirigiéndose al gato, que había alzado la cabeza y le observaba, vigilante—. ¡Y me gustara ver la cara de tu amiga cuando te encuentre allá dentro más muerto que una momia!

Pero lo primero era lo primero. Repasó las cuentas de sus ahorros, efectuó cálculos sobre el viaje, hizo una lista de las cosas que se llevaría por la mañana, recogió documentos, pólizas de seguros... Todo. Mientras tanto, tal como esperaba y había planeado, *Monsieur Duval* se había tranquilizado, y de nuevo se enroscaba ante el fuego, sobre una manta.

—Y si no te mueres de frío, peor para ti —dijo en voz alta Roger —: te morirás de hambre y sed. Cuando llegue esa idiota estarás muertos de todas todas. Pero... ¿qué pienso? ¡Claro que vas a morir de frío durante esta noche!

El último toque a sus preparativos fue el que más ilusión le hizo: la nota que le dejó escrita a Claudine, y que redactó con mimo, despacio, recreándose en ella.

Una nota que decía así:

Querida Claudine:

Tu maldito gato está en el frigorífico, o sea que, como ves, me he preocupado de que lo encuentres en buen estado... de conservación. A la mierda tú y él. No te molestes en buscarme. Adiós, media puta.

Roger

Y le tenía absolutamente sin cuidado que Claudine fuese con aquella nota a la policía. ¿Qué podía decir la policía? ¿Qué le iban a hacer a un hombre que ha matado a un gato? Pues nada, amiguita, pues nada. Bueno, tal vez quisieran imponerle una sanción económica, o darle una reprimenda. Pero ni para una ni para otra le iban a encontrar a él en casa, ni en el pueblo, ni siquiera en Canadá, porque cuando Claudine regresara él ya estaría en México, o muy cerca.

Dejó la nota bien visible, y se fue a la cocina, mirando de reojo al gato al pasar. El animal tenía orientada una oreja hacia él y había medio abierto un ojo, eso era todo. Evidentemente se iba confiando.

Ya en la cocina sacó todo el contenido del frigorífico. Absolutamente todo, incluso los estantes. Lo dejó completamente limpio y vacío. Perfecto. Allá dentro un gato sólo podía hacer una

cosa: morir enloquecido por la rabia, mientras se iba congelando, congelando, congelando...

Colocó el termostato en la máxima exigencia de frío, cerró el frigorífico y procedió a prepararse café. Ahora la cosa estaba en engañar al gato, lo que no podía ser difícil, ni mucho menos.

Veamos, ¿cómo podía hacerlo? El modo más simple de confiar a un animal, sea éste racional o irracional, consiste en contentar su estómago. Era muy sencillo: le daría de comer, le acariciaría, lo tomaría en brazos, y se acercaría como casualmente al frigorífico, lo abriría, lo tiraría dentro y cerraría rápidamente. Y por la mañana encontraría un galo congelado en el frigorífico.

¿No era por demás interesante?

—Duval ven —llamó, sin gran interés ni énfasis.

Sabía que el maldito animal no acudiría a su llamada ni en sueños. Ni siquiera acudía cuando lo llamaba la idiota de Claudine, así que... Pero convenía que notara su voz tranquila, que aceptara la situación como en absoluto inquietante, que todo le pareciera tranquilo y normal.

Se estaba sirviendo el café cuando, de repente, volvió la mirada hacia la puerta, y lo vio.

Allá estaba Duval, sentado sobre sus cuartos traseros, mirándole.

Le miraba, y eso era todo.

—De modo que has acudido a mi llamada —dijo amablemente Roger—. Vaya, esto sí que es sorprendente, amiguito. Bueno, no me disgusta que me facilites las cosas, ¿sabes? Ven... Ven, minino, ven..., que te voy a meter en el frigorífico.

Se inclinó un poco y movió los dedos frotándolos entre sí en la tonta pero corriente llamada a los gatos. *Monsieur* Duval pareció titubear, pero finalmente optó por acudir, con cierta expectación graciosa en la actitud. Llegó ante los pies de Roger, que se inclinó, lo asió con su enorme manaza, y lo alzó, colocándolo en el hueco del otro brazo.

—Vaya, ¿qué te parece? —rió—. ¡De manera que ahora no te importa ser amigo mío! ¿No será porque has comprendido que soy yo quien tiene que ponerte la comida y que por tanto te interesa estar bien conmigo? ¿Eh, golfo? ¿No será por eso?

Duval, que le miraba fijamente, comenzó de repente a lamerse una pata, con gran esmero.

—O sea, que te encuentras a gusto aquí, ¿eh?

Monsieur Duval se frotaba ahora una oreja con la pata previamente humedecida. ¿A ver si Claudine tenía razón y el animalito era simpático y hasta inteligente y sociable?

—Bueno, hablemos claro, Duval: ¿qué es lo que quieres? Porque eso de venir cuando te llaman no es normal en ti..., y menos si soy yo quien te llama, de modo que tú te traes algo entre manos. O entre zarpas, de acuerdo. Veamos: ¿qué puedo hacer por ti?

El animalito parecía no oírlo ahora. Estaba como lanzado a una orgia de pulcritud, cosa que Roger Savard no podía comprender; no entendía que la actitud de Duval era amistosa y con afán de gustar y agradar, sino que decidió que era de total indiferencia hacia él y que le estaba utilizando, engatusando..., ¡y nunca mejor dicho!

—De manera que crees que puedes utilizarme como a un tonto, como a esa idiota de Claudine, ¿eh? Bueno, pues te vas a convencer muy pronto de que no es así.

Se encaminó hacia el frigorífico. Todo iba a ser más fácil de lo que había previsto y, ciertamente, él no tenía ningún interés ni deseo en alargar el asunto. ¡Al frigorífico con el gato y asunto terminado!

Abrió la puerta del frigorífico, se inclinó despegando ya a Duval de su cuerpo para meterlo dentro y, de pronto, el animal se revolvió y bufó. Fue el clásico bufido del animal que se asusta, y que se evidenció todavía más por el gran volumen que adquirió su cola al erizarse el pardo pelaje. Roger Savard no lo interpretó así. Interpretó que el gato se había enfadado con él y que iba a atacarlo, de modo que lanzó un grito de rabia y empujó el peludo cuerpo hacia dentro del aparato.

Ni mucho menos entró Duval en aquel lugar frío hacia el que enseguida había experimentado una total aversión: las uñas de sus zarpas se clavaron en la mano derecha de Roger, profundamente, afianzándose allí con la determinación de no permitir ser alejado.

El desconocimiento de los gatos era total en Roger Savard. Si se hubiera serenado y hubiera permanecido tranquilo alejándose del frigorífico llevando en el brazo izquierdo a Duval y soportando el dolor en la mano derecha, podría, a los pocos segundos, haber desprendido sin excesivo dolor las garras del asustado animal. Pero hizo todo lo contrario: gritó airado, furioso, y sacudió la mano

fuertemente para lanzar lejos de sí al gato.

Esto lo consiguió, desde luego, pero dejándose una buena cantidad de piel y carne en las uñas de Duval, que nada más caer al suelo todo él erizado de cuello a cola, soltó otro bufido de susto y salió disparado de la cocina, en la cual quedó Roger aullando el tremendo dolor de su mano desgarrada.

Se quedó con ella en alto como si fuera un sucio pingajo, contemplándola con incredulidad. ¿Cómo era posible que en un segundo aquel maldito animal hubiera podido causar tales destrozos?

—La madre que te parió —jadeó—. ¡Vas a ver la que te espera, maldito seas!

Corrió a lavarse la mano a chorro frío. Era increíble cuánta sangre le estaba brotando de las heridas. Y al ser lavadas éstas se veían mejor los destrozos, se veían los huesos. Roger tuvo un acceso de pura y simple rabia, que manifestó lanzando un rugido tremolante de bestia herida.

Por un momento, pensó que lo adecuado era meterse en el coche y presentarse en el hospital para que le atendieran las heridas, pero desistió enseguida. Por supuesto si se presentaba allí de aquella guisa no le permitirían marcharse del hospital, se lo quedarían para tenerlo en observación, mientras enviaban personal adecuado para hacerse con el gato y someterlo asimismo a exámenes y observaciones; avisarían a Claudine... Ah, no, nada de nada de todo eso.

Quince minutos más tarde se había vendado la mano, que ahora le dolía intensamente y le producía la impresión de estar convirtiéndose en una brasa. Regresó a la cocina, y estuvo buscando hasta encontrar los guantes que Claudine utilizaba para manejar las bandejas cuando hacía algo en el horno. Eran unos guantes fuertes, que resistían el fuego. Tenían el inconveniente de que le estaban un poco pequeños, pero mejor era eso que nada.

Enguantadas las manos, fue al salón en busca de Duval, al que encontró tendido ante el fuego. Como si tal cosa. Como si no hubiera hecho nada. Roger tampoco entendió que, en efecto, en la mente del animal no había noción de culpa alguna: se había visto en una situación comprometida y había reaccionado para librarse de ella, sin maldad alguna; se había defendido de una situación

indeseada, eso era todo. Y ni por asomo había pretendido el animal lastimar al hombre. Ni remotamente.

Pero en lugar de interpretarlo así, Roger consideró que *Monsieur Duval* era un maldito cínico que se burlaba de él después de destrozarle media mano.

—De manera que estás aquí, ¿eh? ¡Y tan tranquilo! ¿Me estás desafiando, maldito?

Duval alzó la cabeza, lo miró, y se lamió una pata acto seguido. Roger Savard sintió que la súbita subida de sangre a su cabeza estallaba dentro de ésta como una bomba. Cegado por la rabia, caminó a paso de carga hacia Duval, que inmediatamente percibió su actitud, se puso en pie y, tras mirarlo, especulativamente, saltó escapando de la línea de acción de Roger. Éste gritó de rabia, giró, y saltó en pos del animal, que lo esquivó con toda facilidad y salió de la sala en un abrir y cerrar de ojos, visto y no visto.

Roger salió corriendo tras él..., tropezó con la mesita de centro, que tenía sobre de cristal, y lanzó un berrido cuando su espinilla chocó contra el borde fuertemente. Cayó sobre la mesita, la desplazó, estuvo a punto de partirla, y finalmente cayó sobre la alfombra arrastrando revistas, el teléfono, cigarrillos, la nota dejada a Claudine...

Sentándose a toda prisa sobre la alfombra, alzó el pantalón para mirar el lugar donde se había golpeado. Tenía un buen trozo de piel arrancado, brotaba sangre, y el aspecto indicaba que no tardando mucho toda la zona se inflamaría.

—¡Maldita sea tu estampa! —aulló, poniéndose en pie de un salto.

Salió disparado de la sala, pero no vio a Duval. Fue a la cocina, y tampoco lo vio allá. La puerta del frigorífico estaba abierta, el frío se estaba escapando. Lanzando una maldición, Roger cerró de un golpe la puerta, y fue resuelto hacia la despensa, donde esperaba encontrar algo contundente para golpear al gato. Ni se fijó en que la puerta del pequeño cuarto despensa estaba entreabierta. La abrió del todo de un tirón..., y volvió a gritar cuando *Monsieur Duval* pasó como una exhalación por entre sus pies y abandonó la cocina con la velocidad de un rayo.

—Pero... pero... pe... pero...

No podía ni maldecir. Sólo lanzaba borbotones de sílabas

ahogadas, entrecortadas. Estaba lívido de rabia. Le dolía la pierna, pero todavía más la mano.

Ah, pero iba a matar al gato, vaya que sí. ¡Ahora lo iba a matar como fuese, de cualquier manera! Y de pronto vino a su mente la idea del arma adecuada para ello: el atizador del fuego de la chimenea. Con aquella barra de hierro con un gancho y una punta afilada en el extremo iba a partirle el espinazo a aquel animal, lo cazaría con el gancho, y quieras que no iba a ir a parar al frigorífico. ¡Al frigorífico, bestia maldita!

En la sala se procuró el atizador, que ciertamente era un arma temible, pesada. *Monsieur* Duval no estaba por allí. ¿Dónde podía estar?

Sólo entonces, al reflexionar sobre esto, cayó Roger Savard en la cuenta de las ventajas que sobre él tenía Duval: podía esconderse en cualquier sitio, y pasar tan velozmente junto a él que no tendría tiempo ni de reaccionar si el animal decidía huir al ser descubierto.

Diez minutos más tarde, todas las ventanas y puertas de la casa estaban cerradas a conciencia. *Monsieur* Duval no podría escapar, eso era seguro. Ahora, sólo se trataba de ir buscándolo habitación por habitación, siguiendo un sistema, un orden. Es decir, entraría en una habitación, cerraría la puerta, y buscaría al gato. Si estaba en aquella habitación, ¡por Dios que no saldría con vida! Y si no estaba, cerraría la puerta de la habitación al salir de modo que iría restándole escondrijos al animal.

—¡Al maldito animal! —aulló, y su voz se expandió como ferozmente por toda la casa.

Primera habitación a examinar: la suya propia.

Casi seguro que lo encontraría allí.

Segundos más tarde entraba en el dormitorio.

Y todo fue tan rápido como espantoso.

Apenas había puesto los pies en el dormitorio cuando vio correr a Duval hacia la puerta, procedente de debajo de la cama; sin duda el animal prefería escapar que permanecer cerca del hombre que, ahora sí, sabía que le buscaba con malas intenciones. El animal fue tan rápido que todo lo que se le ocurrió hacer a Roger fue empujar la puerta para cerrar la antes de que saliera.

La puerta atrapó a *Monsieur* Duval por el centro del cuerpo, y el animal lanzó un maullido que puso los pelos de punta al hombre.

—¡MAOAOAORRRRAOOOMA000...!

El *shock* fue tremendo para Roger, que aflojó la presión de la puerta. Convencido de que por lo menos le había partido la columna vertebral a Duval, se inclinó, alzando el atizador.

Vio los ojos del gato y al mismo tiempo oyó el bufido. Fue algo tan terrorífico que Roger gritó, asustadísima. Y gritó de nuevo, ahora como una bestia herida, cuando la zarpa derecha de *Monsieur* Duval segó el aire con un gesto velocísimo, exhibiendo unas uñas increíbles. Roger Savard sintió algo así como unos diminutos pinchazos en el ojo izquierdo, enseguida un extraño dolor, y acto seguido un dolor concreto que, como un taladro perverso, llegó al cerebro en forma de explosión espantosa.

Saltó hacia atrás para caer sentado casi en el centro de la habitación, olvidándose de todo y llevándose las manos al ojo destrozado por el zarpazo. No sabía a ciencia cierta qué esperaba encontrar con las manos, pero sí supo que lo que no esperaba encontrar era aquella... masa caliente y espesa que pareció adherirse a su mano como un... bollo caliente. La impresión fue tal que se puso en pie de un salto, lanzando un grito que hizo tremolar los cristales de la casa.

Dando traspies, jadeando, gimiendo y gritando, todo mezclado en una extraña orgía de sonidos a cuál más discordante, salió del dormitorio y entró en el cuarto de baño, colocándose ante el espejo del lavabo y retirando las manos, dejando al descubierto el ojo.

Es decir, lo que quedaba del ojo. El ojo derecho contemplaba con incrédulo espanto aquella sima que vertía lentamente la masa cálida y densa por entre la cual se adivinaba más que se veía lo que quedaba de un ojo humano.

—Dios bendito —tartamudeó entre trémulos de dolor—. Me ha sacado un ojo... ¡Me ha sacado un ojo esa mala bestia! ¡Lo voy a hacer pedazos!

Salió del cuarto de baño lanzando chorros de sangre a todos lados, estremecido por el espectáculo que acababa de contemplar en el espejo: un rostro destrozado y sanguinolento, con media pupila desgarrada y un ojo dilatado por el terror y la furia. Había sido como contemplar el más extraño y abyecto monstruo fruto de los maquillajes cinematográficos.

—Lo voy a abrir en canal —jadeaba—. ¡Le voy a sacar las tripas,

le voy a machacar el corazón! ¡Le voy a meter el corazón en la batidora! ¡Lo voy a castrar y le voy a meter los cojones por los ojos!

Aullando, babeando, dando tropezones, regresó al dormitorio, recuperó el atizador del fuego, y se lanzó en tromba en busca del gato, hasta que, unos minutos más tarde, fuera de sí, sin aliento, desorbitado el ojo sano, se detuvo.

¿Qué estaba haciendo? ¿Dónde se hallaba? Calma, calma, calma, calma...

Calma. Aspiró hondo, y se situó. Veamos, en aquel momento se hallaba en la parte de atrás de la casa, en el pequeño cuarto anexo a la cocina donde guardaban leña y los instrumentos y maquinaria de jardinería. La primavera era hermosa en Roberval, aparecía aquel tono verde nítido y transparente en los campos, y se veían limpias las aguas del lago que en invierno parecían de caucho sucio. En la primavera, precisamente, cuando le habría gustado agarrar a Claudine en la orilla del lago, abrirle el vientre con las tijeras de podar, y meterle dentro un millón de ranas y un millón de sapos, para que procreasen... ¿O los sapos y las ranas no forman pareja? ¡Se ven tan diferentes! También le hacía ilusión degollar a Claudine en el cercano bosque. Primero le cortaría el cabello al cero, luego le partiría todos los dientes con una piedra, se los haría tragar, y acto seguido la degollaría. Despacio, por supuesto. Le metería la punta del cuchillo verticalmente en la garganta, y cuando ella comenzase a gritar, le daría la vuelta, en una pirueta, cortando en seco sus cuerdas vocales, su voz. Y podía sacarle los ojos y tirarlos al lago. ¿Qué veis ahí dentro, qué hay en el lago? ¡Decídselo al buen Roger!

Muy bien, se estaba tranquilizando.

El gato.

Si abría la puerta del cuarto auxiliar el animal podía escapar. No, cuidado; la puerta que no debía abrir era la de atrás de la cocina. Esa puerta, siempre cerrada. Todas las puertas cerradas. Y aunque se pasará allá el resto de su vida iba a encontrar y acorralar al maldito gato y lo iba a hacer pedazos.

Convenía no hacer ruido. Se quitó los zapatos y, con el atizador en alto, salió de la cocina. El silencio era total. Su casa estaba bastante apartada, como otras varias que había en la rústica periferia de Roberval. No se oía nada. Ajá, el gato no debía oírle, de modo que podía sorprenderlo. Pero no. No se hacían las cosas de

este modo. Calma. Calma, calma, calma. Veamos... ¿qué haría el gato si veía que él le buscaba con aquel ahínco? Pues, se escondería cada vez más. ¿Podría encontrar él al gato si éste decidía esconderse? Pues no, no podría, comprendió en un arranque de lucidez.

Tenía que confiarlo. Se calmaría. Esperaría.

Fue a la sala y se sentó, dejando el atizador a un lado.

Despertó de pronto, con la sensación de que habían pasado, no sólo muchas horas, sino días, siglos tal vez. Un escalofrío le recorrió el cuerpo violentamente: el gato, sentado de cuartos traseros ante el fuego, estaba vuelto de lado hacia él y le contemplaba, impávido, aunque alerta sus malditos ojos. Ajá, el maldito no podía renunciar al fuego, ¿eh? Sí, claro, hacía frío en la casa. Mejor dicho: donde mejor se estaba era precisamente frente al fuego de la chimenea. Por eso el maldito estaba allí. Pero vigilándolo. No le perdía de vista.

Muy despacio, Roger deslizó la mano derecha hacia donde había dejado el atizador. Lo agarró con firmeza. Le dolía de un modo atroz la cara, la mano y la pierna. Le parecía que esas partes de su cuerpo estaban en ebullición y que latían con una fuerza ardiente y perversa. Cerró el ojo derecho y, simplemente, no vio nada. El gato le había dejado tuerto. ¡Por Dios, había perdido un ojo en su lid con aquel maldito animal que el demonio abrasara!

Pero no..., no el demonio. Él lo iba a abrasar. Sabía que no podría meter vivo al gato en el frigorífico, pero, tal como estaba, podía empujarlo y meterlo en el fuego. ¡Lo iba a quemar vivo, ya que no podía congelarlo!

Se lanzó contra él de repente, soltando el atizador y con las dos manos por delante, para empujar con ellas a Duval hacia el fuego. Simplemente, *Monsieur* Duval desapareció de delante de él, y Roger Savard gritó al encontrar el vacío. Cayó de cabeza dentro de la chimenea, precedido por sus manos extendidas. El dolor que sintió en ellas sólo fue superado, inmediatamente, por el espanto que se formó en su rostro al incrustarse en éste brasas de los troncos en fuego vivo.

Manoteando, quemándose cada vez más la cara y las manos, gritando como un auténtico condenado a los más crueles infiernos. Roger consiguió salir de la chimenea, lanzando chispas a todas

partes, sentándose en la alfombra y lanzando entonces un grito de dolor, rabia y angustia que le pareció que iba a reventar su corazón. Se dio cuenta de que le estaba ardiendo el cabello, se puso en pie, y corrió hacia el cuarto de baño, chillando como un poseso frenético, y cayendo continuamente, pues la pierna magullada al golpearse contra el canto de la mesa, primero inflamada y ahora fría por más de dos horas de inactividad sentado ante el fuego, le falló varias veces.

Llegó al cuarto de baño, abrió la ducha y se metió en la bañera, resbalando y golpeándose la cabeza contra el fondo. Se sentó, gritando, gritando, gritando...

Cuando se calmó, el silencio en la casa le pareció sencillamente irreal. Sentía tal dolor en todo el cuerpo, tales sensaciones de laceración, tales impulsos de furia y odio, que se estremecía a intervalos regulares, con gemidos e hipidos de niño desconsolado.

—Apuesto a que el hijoputa está de nuevo ante la chimenea, calentándose. ¡Y yo estoy ciego, quemado, lisiado y medio muerto!

Salió de la bañera y se miró de nuevo al espejo, respingando al ver, entre extrañas brumas y telarañas rojas aquel extraño monstruo sanguinolento que, remotamente, le recordaba a alguien conocido. ¡Oh, Dios, le recordaba a él mismo, pero no era él, era un engendro horripilante...! Y el gato, calentándose al fuego.

Fue a la cocina, llenó un cubo de agua y se trasladó penosamente a la sala. Él mismo tenía la sensación de ser un ente monstruoso y siniestro que iba goteando sangre y arrastrando su miserable cuerpo desgarrado. Ajá, pero iba a joder bien jodido a *Monsieur Duval*, vaya que sí. Rió guturalmente cuando tiró el agua del cubo al fuego, apagándolo. Para asegurarse, volvió dos veces más con el cubo lleno, vaciándolo fruciosamente sobre las brasas que quedaban. Ajá, ajá, ajá, amiguito, ya no tienes fuego, ¿sabes? ¡Ya no vas a poder calentarte en toda la maldita noche! Y te voy a estar buscando hasta que te encuentre y te haga pedazos. Te voy a destrozar con mis propios dientes. ¿Quieres pelea salvaje? Muy bien, vamos a ello, gato cabrón, vamos a ello. ¡Yo te daré pelea salvaje!

Eran apenas las nueve de la mañana cuando Claudine llegó a la casa en un coche policial, acompañada, naturalmente, de la dotación de este coche, que se detuvo ante el porche. Claudine y los

dos agentes se apearon, y los tres miraron hacia la casa, para mirarse seguidamente entre sí.

—No parece que haya ocurrido ningún accidente, señora Savard —dijo uno de los policías—. Todo está normal y tranquilo.

—Tiene que haber ocurrido algo. Ya les digo que anoche, al llegar a casa de mi hermana, llamé a casa para decirle a mi marido que había llegado bien. El teléfono no contestaba. Y toda la noche ha estado igual. No he podido dormir, y he tomado el primer tren de regreso... Dios mío, tiene que haber ocurrido algo.

—Esperemos que no. ¿Tiene usted llave de la casa?

—Oh, sí, naturalmente.

—Vamos a entrar, entonces. Aunque quizá sería conveniente que antes llamáramos... Tal vez al señor Savard no le guste que le sorprendan en pleno sueño.

Claudine asintió. Llamaron al timbre varias veces, sin obtener respuesta, y finalmente Claudine entregó la llave a uno de los agentes, que abrió la puerta y entró despacio, llamando a Roger Savard sin resultado alguno. Tras él entraron el otro agente y Claudine. Ésta fue la primera en darse cuenta del tremendo desorden que reinaba en toda la casa, pero antes de que tuviera tiempo de hacerlo notar a los agentes éstos también lo vieron. Todos los muebles estaban caídos, las paredes estaban llenas de manchurroneos de sangre, la sala parecía un vertedero (el hilo del teléfono estaba arrancado), había destrozos en todas partes...

Y frente al fuego, el más horrendo espectáculo que ninguno de los tres había visto jamás: Roger Savard, desgarradas las ropas, cubierto de sangre de arriba abajo, el rostro convertido en una horripilante máscara falta de un ojo, rotos algunos dientes, quemados los cabellos, estaba sentado en un sillón. En la mano derecha tenía el atizador del fuego. En la izquierda, una cosa pardorrojiza que parecía suave... un puñado de pelos de gato.

Tenía el vientre destrozado por las patas traseras del felino, y la sangre había salpicado a todos lados. Uno de los policías se volvió y comenzó a vomitar, mientras el otro conseguía controlarse, se acercaba a Roger y comprobaba que estaba muerto. Lo mismo podía ser de un colapso por pérdida de sangre. Estaba muerto y frío. El agente se volvió, lívido, hacia Claudine.

—Está muerto, señora. No... no consigo comprender lo que ha

podido... ocurrir aquí...

—Yo sí —dijo Claudine, con voz tenue—: él ha querido matar a *Monsieur Duval* esta noche. Es mi gato.

—Ah. Bueno, respecto...

¡Miao!, se oyó en alguna parte. Incluso el policía que acababa de vomitar prestó atención. Finalmente, fue el otro quien localizó la procedencia de los maullidos. Metió la cabeza dentro de la apagada chimenea, escuchó, y luego dijo, convencido:

—Seguro que vienen de arriba. El gato debió escapar chimenea arriba aprovechando que el fuego había sido apagado con agua. Está en el tejado.

—Pobrecito mío —exclamó quejumbrosamente Claudine—, ¡qué miedo tan horrible debe haber pasado!

Cuando subieron a buscar al gato al tejado, Duval se estaba lamiendo apaciblemente y procediendo a su aseo matinal. Le faltaba un mechón de pelaje, pero el animal se mostraba impávido a eso: sabía que volvería a crecer. Claudine lo abrazó, sin fijarse en sus zarpas ensangrentadas y lloriqueó:

—Pobrecito, pobrecito, ya no sufras, ¡el hombre malo no podrá hacerte daño!

Cuando Chase Culp terminó el relato titulado *El Gato en el tejado*, él y Felicia habían hecho una nueva amistad: el gato del local, que se había acercado a su mesa al olor de los apetitosos bocadillos que les había preparado el barman, que por cierto se llamaba George, era de Texas, y odiaba la serie televisiva *Dallas*.

De cuando en cuando Felicia había tirado algún pedazo de lomo al gato, así que no era de extrañar que el animal permaneciera junto a ella con admirable fidelidad. El animalito no protestó en absoluto cuando la muchacha lo agarró por la piel del cuello y se lo colocó en el regazo. Era siamés, en efecto, y Chase tuvo un comentario al respecto.

—He oído decir que los siameses tienen mala uva.

—Tonterías. Con los animales pasa como con las personas. Las hay de todas clases en todas las razas y colores.

—Seguramente tienes razón. Oye, estaban buenísimos estos bocadillos, ¿no te parece? Y te diré otra cosa: estás guapísima.

—Oh, bueno, yo siempre estoy guapísima —rió Felicia.

—Apuesto a que sí. Pero ahora estás más guapa que cuando

llegaste. Tienes el rostro arrebolado, y eso te favorece. Te da un aire como... Bueno, digamos más apetitoso.

—Caray... ¡Me gusta eso que dices! Y a propósito, ¿qué era lo de antes, aquello que si me lo decías no me iba a gustar?

—Pues... ¿Qué decías de un caso que sucedió en México?

—¡Chase, no desvíes la conversación! —rió Felicia.

Chase Culp se quedó mirando la boca de la muchacha. Estaba para comérsela. A cada instante le gustaba más y más Felicia Flammarion. Era deliciosa, absolutamente encantadora. Tenía una garganta mórbida, tierna y sedosa que ponía los pelos de punta. Y los pechos eran absolutamente bellos... Chase pensó en la posibilidad de verlos al desnudo, y de nuevo entró en erección. Cielos, ¿cómo debía de estar Felicia completamente desnuda? De infarto... Verla y morir debía ser todo uno. Se la imaginó: alta, esbelta, de caderas finas pero convincentes, pecho alto, soberbio, adornado con algunas pecas y dotado de unos pezones grandes, tiernos y apetitosos como fresas... Sí señor, se la imaginó desnuda, reluciente su vello púbico, la risa en los labios, la piel tibia, mirándole de aquel modo que parecía envolverlo en seda verde... ¡Caray! ¡Caray y mil veces CARAY!

La idea le cruzó por la mente de pronto, por sorpresa: ¿y si iba a resultar que Felicia Flammarion era un travestí? Oh, desilusión de desilusiones. Pero era posible, ¿no? ¡Porque había cada travestí...!

—Pero... ¿qué te pasa? ¡Chase!

—¿Eh...? Oh... ¡Ah, hola! Nada, no me pasa nada... Pero te voy a decir algo. Felicia Flammarion: ¡o me cuentas algo relacionado con nuestra profesión o me largo de aquí ahora mismo! ¡Eso de México, por ejemplo!

—Está bien, está bien, no sé qué te pasa, pero allá va. Éste no tiene título, pero lo podríamos titular...

VERDADERO AMOR

Era una chica preciosa y no tengo reparo en confesar que me subyugó en cuanto la vi. Llegó a nuestra casa una tarde y dijo que había oído en el pueblo que la señora estaba delicada y que andábamos buscando una criada, bueno, una empleada del hogar, como se dice ahora.

Se llamaba Carmiña y era muy joven. Demasiado para mí, que ya había cumplido los cincuenta. No le pregunté la edad, pero calculé que no tendría más de veintidós. De todos modos, esto era un detalle sin importancia. Lo importante era que estaba allí, en la salita de nuestra casa, sonriente, explicando lo que había oído en el pueblo y que allá le habían dicho cómo llegar a nuestra casa, cerca del río.

—Espero que no se haya perdido en el camino —dije yo, sonriendo untuosamente.

—Oh, no señor —me lanzó una luminosa sonrisa—. No viven ustedes tan lejos como para eso y además me indicaron bien el camino. He llegado directamente.

Carmiña y yo nos sonreíamos; nos sonreíamos desde el primer momento de un modo especial. Mi esposa, Águeda, la miraba con expresión que Carmiña podía suponer cortés, pero que yo conocía muy bien como especulativa. Lógicamente, a ella le desagradó Carmiña quizá en más medida de la que a mí me gustó. A fin de cuentas, Carmiña era joven, resplandeciente, bonita, rebosante de salud y energía y Águeda, en verdad, estaba bastante delicada. Estaba a punto de cumplir los cincuenta y la vida no nos había tratado precisamente con dulzura a los dos. Nos había costado mucho esfuerzo, años de sacrificio, conseguir una situación estable, de modesto sosiego. Y ahora, cuando ella estaba delicada y envejecida, aparecía en nuestra casa una muchacha de grandes ojos oscuros, boca fresca y sonriente y un cuerpo rotundo y macizo, que

me sonreía de aquel modo. No es que Carmiña sonriese de un modo provocativo o desvergonzado, no. Simplemente era una sonrisa que ponía de manifiesto la fuerza y la alegría de la juventud, aunque quizá con una chispa de malicia.

—No sé —dijo por fin Águeda—. Aquí no hay tantas cosas que hacer para una chica como usted, tan joven y fuerte. Me parece que sus cualidades serían más aprovechadas en una casa donde hubiera más trabajo.

Al oír esto. Carmiña, que había mirado a Águeda, volvió a mirarme a mí. ¡Tenía los ojos tan grandes y hermosos...! Yo había estado mirando cómo sus pechos se marcaban con sólida pujanza en el jersey, preguntándome si llevaba sujetador: porque si llevaba sujetador sus pezones debían ser enormes, ya que se marcaban en el jersey como diminutos pechos en la cúspide de los verdaderos pechos... Claro está, Águeda también debía haber visto esto y yo sabía que a ella no le gustaban las mujeres que iban sin sostén, del mismo modo que ella sabía que a mí me encantaban. Me encantaban tanto que me había pasado años pidiéndole a Águeda que fuese sin sostén, al menos en casa, para ver cómo se balanceaban, cómo vibraban sus pechos bajo la ropa. Petición que, como tantas otras, había sido desatendida.

—Yo creo que podría quedarse —deslicé suavemente—. Si más adelante ella encuentra otra cosa podrá dejarnos. Pero mientras tanto tú ya tendrás quien te ayude, querida.

Es claro que capté la lenta y significativa mirada de mi mujer, pero la resistí serenamente. En aquellos momentos no pensaba ni por asomo que pudiera llegar a haber algo entre Carmiña y yo, pero me conformaba con verla. No sólo hacía tiempo que Águeda y yo no hacíamos vida sexual, sino que ella había sido siempre más bien tibia para estas cosas. Sinceramente, yo siempre había pasado hambre de sexo y en aquel momento, con más de cincuenta años, sentía una frustración insoportable de vida perdida, de goces desperdiciados y todavía, remotamente, pensaba que algún día conseguiría llevar una vida sexual intensa, apasionada, vital. Ni siquiera era un anciano, ¿verdad? Despierto, soñaba muchas veces en jóvenes mujeres de carnes calientes que se estremecían en mis brazos, gozando y haciéndome gozar. Me resistía a darlo todo por perdido, a morir sin haber vivido pasiones que consumieran mis

fuerzas comprimidas. Pensaba en que el amor seguía viviendo y que yo no tenía ni siquiera una migaja. Estaba en un periodo crítico, lo sé, y la llegada de Carmiña, simplemente, todavía lo puso más de manifiesto.

Me mostré cortés y amable con Águeda, claro está, pero firmísimo. Hubo un poco de porfía hasta que conseguí que Carmiña se quedara en las condiciones sugeridas: cuando ella encontrase algo más acorde con sus facultades se iría, y nosotros buscaríamos lo que Águeda había querido desde el primer momento, esto es, una mujer de su edad, más o menos; reposada, aburrida y cumplidora de las obligaciones caseras, sin más. O sea, una copia de la propia Águeda, que además sería del pueblo y estaría casada. Horrible.

Carmiña había llegado con una maleta y yo se la llevé al cuarto donde se instalaría, dejando sola a Águeda en la sala, cerca de la chimenea, sentada en su sillón, donde pasaba la mayor parte de las horas del día.

Cuando entramos en el cuarto que sería de Carmiña, ésta me minó directamente y sonrió:

—Gracias por ayudarme, señor.

—Gracias por quedarse —dije yo.

Carmiña me miraba con mal disimulada curiosidad. Bueno, es cierto, ya he cumplido los cincuenta, pero como también he dicho antes, no soy un anciano, ni por edad ni por aspecto. Siempre he sido muy fuerte, soy alto y bien plantado y aunque no soy lo que se llama guapo, sé que no resulto desagradable. Me dije que seguramente Carmiña estaba llegando a estas conclusiones sobre mí.

—A su esposa no le ha gustado mucho que me quede —dijo Carmiña, quedamente.

—Debe tener celos.

Carmiña soltó una carcajada vibrante y nítida que, por supuesto. Águeda debió oír. A mí me produjo el efecto de una descarga eléctrica en todo el cuerpo y enseguida un tremendo vacío en el estómago. Me di cuenta, acto seguido, de que me temblaban un poco las rodillas, lo que más tarde, cuando tomaba un coñac en la sala, me pareció ridículo y hasta grotesco.

Naturalmente, las energías de Carmiña eran más que suficientes para atender la casa y en sólo tres días ésta comenzó a parecer otra.

No es que culpe a Águeda de desidia en sus cuidados, pero era lógico que Carmiña fuese mucho más eficiente, así que la diferencia fue pronto visible.

Águeda permanecía la mayor parte del tiempo en silencio, y siempre que Carmiña pasaba por la sala o estaba haciendo algo allí la miraba fijamente, con una expresión apagada en sus ojos tristes. Yo recordaba todavía los ojos alegres de Águeda y las risas en sus labios, pero me parecía que aquello pertenecía a otra vida, a algo tan lejano que parecía imposible que pudiese recordarlo. A veces tenía la impresión de que Águeda y yo éramos dos personas diferentes a aquellas que muchos años atrás se habían enamorado y amado. Ahora, yo amaba locamente a Carmiña. Vivía en una zozobra espantosa, sólo podía pensar en ella, procuraba pasar en casa la mayor parte posible del tiempo. Cosa que no ocurría desde hacía años, pues no era muy alegre ni estimulante contemplar a Águeda horas y horas sentada en su sillón, a veces haciendo media o leyendo revistas baratas o mirando como hipnotizada la televisión... Hacía años que Águeda y yo habíamos dejado de hacer lo que se llama uso del matrimonio y yo pensaba que tenía derecho a seguir viviendo, que no era mía la culpa de que ella siempre hubiese sido tibia y mucho menos de que estuviese tan delicada de salud.

Con sinceridad debo decir que me resistí todo cuanto me fue posible. Quise recordar los tiempos en que Águeda y yo corríamos por el bosque cerca del río, de los miles de besos que nos habíamos ofrecido entre los pinos y quise recordar sus risas, y también la primera vez que después de besarla en la boca le toqué los pechos. ¡Ah, entonces si tenía Águeda los pechos muy duros y vibrantes! Y tan deliciosamente blancos... Recordé muchas de las cosas que hicimos en el bosque, y especialmente las que ella me hizo a mí, siempre tan complaciente, sin gozar a su vez, pues quiso y consiguió casarse virgen...

¡Había tantos recuerdos! Pero todos iban quedando como sepultados bajo el presente que ofrecía la presencia de Carmiña, tan joven, tan sonriente, tan alegremente llena de vida. Seguramente, no habría ocurrido nada si Carmiña hubiera sido lo que se llama una chica decente o formal, pero lo cierto era que ella me miraba de un modo que me encendía la sangre. Y no sólo me miraba.

Cuando nos cruzábamos en el pasillo o nos encontrábamos en la cocina, inevitablemente ella se mostraba tan torpe que su cuerpo rozaba el mío e incluso en ocasiones chocábamos. Mi desasosiego era espantoso. Tenía continuas erecciones, no dormía bien, había perdido mi excelente apetito, continuamente sentía aquellos vacíos en el estómago... Soñaba despierto y dormido que me acostaba con Carmiña, la veía, en esos sueños, completamente desnuda, sonriente, tendiéndome los brazos y sumergiéndome entre sus muslos.

Y finalmente, sucedió. Era inevitable. Una noche entré en la cocina para coger una botella de cerveza del frigorífico. Ella estaba preparando la cena. Volvió la cabeza y me sonrió. Se produjo aquel vacío en mi estómago, explotó aquel deseo lascivo que me estaba consumiendo hacía días. La sonrisa de ella fue como un enorme imán que atrajera un trocho de hierro. Me acerqué a Carmiña y sin más, le puse las manos sobre los grandes pechos, mirándola a los ojos mientras sentía que me ahogaba. No me importaba lo que pudiera ocurrir estaba loco por ella y si no podía conseguirla lo mejor era que se marchase de casa.

Pero Carmiña no se marchó. Ella también me miró a los ojos, parpadeó lentamente un par de veces y luego miró hacia la puerta de la cocina.

—Nos puede ver —susurró.

Yo sabía, sin embargo, que no era probable que Águeda se moviera de su sillón y ciertamente, desde la sala no podía ver la cocina. Así que moví negativamente la cabeza, apreté los pechos de Carmiña y luego le subí el jersey. Para entonces yo sabía con seguridad que ella no llevaba sujetador. Me quedé mirando fascinado los grandes pechos morenos y durísimos. Aparté las manos para poder mirar los pezones, que eran enormes. Me incliné y mi boca se cerró tras engullir el pezón del pecho izquierdo, mientras con ambas manos le acariciaba y le apretaba los dos. La cabeza me daba vueltas, sentía el rostro sofocado, ardiente... Me estremecí cuando sentí en el pantalón la mano de Carmiña. Me erguí y la apreté con todo mi cuerpo contra los fogones.

—No... —susurró ella—. Ahora no, Lorenzo.

Yo estaba como mareado. Ella me empujó suavemente, se bajó el jersey y volvió a sonreírme. Como en sueños, cogí la botella de

cerveza y regresé a la salita. Águeda me miró en silencio, fijamente y eso fue todo.

Aquella misma noche, a hora tardía, comprobé que Carmiña no era virgen, pero eso no me importaba en absoluto. La amaba. Estaba loco por ella, enamorado como nunca en mi vida. Cuando la poseí, el resto del mundo dejó de existir para mí. Desde hacía muchos años no había tenido en mis brazos una mujer como ella, que tuviera su sensibilidad sexual. En realidad, había olvidado lo que se siente al notar cómo una mujer estalla en un orgasmo abrazada a uno y gime y se retuerce y suspira. Y Carmiña era especial para esto. Tuvo cinco orgasmos aquella noche. Yo estaba como enloquecido, todo me parecía increíble.

Cuando de madrugada salí de su dormitorio sentía que la vida no había terminado, ni mucho menos. O si había terminado una vida, podía empezar otra... mucho mejor. No supe si Águeda dormía de verdad o sólo lo fingía, pero no me importó. Ni me importó a la noche siguiente, ni a la otra, ni a la otra...

Concertada ya nuestra intimidad, Carmiña y yo aprovechábamos todas las ocasiones para besarnos, acariciarnos, e incluso, algunas tardes, meternos en su cuarto y hacerlo brevemente. A ella no le importaba, no era de esas mujeres que necesitan tiempo y preámbulos para gozar. Bastaba que yo estuviera en ella para que su placer comenzase incontenible. Nos besábamos en la cocina, en el pasillo, en la puerta, en cualquier sitio. A mí me enloquecían sus hermosos pechos siempre duros, esponjosos, cálidos. Se los besaba siempre que podía. O le subía la falda, allá donde fuese y la acariciaba, o lo hacíamos... Siempre encontraba la ardiente respuesta de ella, siempre. Una tarde estábamos los dos tan ansiosos y Águeda parecía tan atenta a todo, que salimos de la casa, nos metimos en el coche, y lo hicimos allí. Carmiña era como un volcán, cumplía sobradamente todos mis sueños y mis ansias.

Yo había recuperado la alegría y Carmiña tenía todo el día los ojos brillantes y la boca entreabierta. Caminaba de un lado a otro con rotunda energía, sueltos los cabellos, vibrantes los pechos bajo el jersey o la blusa. Era la auténtica hembra satisfecha y complaciente. Águeda la miraba siempre en silencio, siempre en su sillón. La veía pasar una y otra vez, miraba sus cabellos sueltos, sus pechos móviles bajo la ropa, sus gruesos pezones bien señalados,

sus macizos muslos tan bien curvados. Luego, Águeda me miraba a mí, pero yo desviaba rápidamente la mirada. Y así días y días, yo gozando de Carmiña y Águeda mirándonos en silencio a los dos, sin un comentario, sin un reproche, sin un gesto diferente a los habituales en ella.

Comencé a sentirme inquieto, desasosegado. Sí, por culpa de ella yo estaba perdiendo el sosiego, la tranquilidad, la paz. Comencé a lamentar haberla conocido y de aquí pasé a la posibilidad de que muriese, cosa que no parecía cercana, ni mucho menos. Por culpa de ella yo había perdido mi sosiego. Por un lado, gozaba muchísimo del sexo de Carmiña, era todo magnífico, pero había perdido la paz.

De modo que un día se me ocurrió que puesto que no era en absoluto probable que muriese, quizá se la pudiese matar. Si moría, yo recuperaría mi sosiego, todo sería más fácil, dejaría de sentirme vigilado, reprochado. Si moría dejaría de sentir sobre mí el peso de la mirada de Águeda, plácida y llena de recuerdos que parecían más que nunca acumularse en mi mente. Y mientras seguía y seguía gozando de Carmiña, decidí matarla.

Durante una semana viví un infierno interior. Quería matarla terminar con todo y vivir feliz. Tenía derecho a vivir feliz, ¿no es cierto? Y si la mataba, lo conseguiría. Podía estrangularla o meterle un cuchillo de la cocina en el corazón... o quizá asfixiarla con la almohada. Sabía muy bien que tarde o temprano el crimen sería descubierto a menos que lo realizase tras pensarlo todo muy detenidamente. Aun así, temía que todo se descubriese, porque no soy ningún bruto ignorante, sé que la policía no se chupa el dedo. Por bien que yo lo preparase todo, era de temer que la policía llegaría a descubrirlo. Se me ocurrió que podía ahogarla en el río, de modo que pareciese un accidente. O quizá podía llevarla a la estación del tren..., es decir, simular que la llevaba allí, pero que nunca llegase. ¿Creería la policía que ella se había marchado a visitar a su hermana, por ejemplo y la olvidaría? No era probable, no.

Pero yo no podía resistir más. ¡Aquella mirada de Águeda...! ¡Aquellos silencios terribles!

Sí, tenía que matarla y vivir en paz. Es claro que al principio tendría muchos remordimientos, no podría dormir, viviría en un continuo sobresalto. Pero peor era el infierno que estaba soportando

por culpa de ella.

—¿Vendrás también esta noche? —me preguntó aquella tarde Carmiña en la cocina.

—Es mejor que no —susurré.

—¿Vas a pasar la noche con ella, en vuestra cama? —rió Carmiña.

—Debo hacerlo. Es lo mejor para todos.

—¡Qué tonto eres! —volvió a reír Carmiña—. Bueno, yo sé que vendrás... Te haré eso que tanto te gusta.

Salí de la cocina ofuscado. Me senté en un sillón de la salita. Águeda me miró desde su asiento de siempre. Siempre estaba allí, siempre mirándome, siempre mirándonos. Yo no podía soportarlo más. ¡No podía! Aquello no era vida.

Así que decidí matarla aquella noche.

Cuando entré en su cuarto, ella estaba ya en la cama, completamente desnuda, tendida, mirando una revista. Yo cerré la puerta y ella dejó la revista, se sentó en el borde de la cama con un ágil movimiento que hizo oscilar sus bellísimos pechos y me sonrió.

—Acércate, cariño —susurró—. Te lo haré así, sentada en la cama. Ven aquí.

Me acerqué a Carmiña y ella me abrió la bragueta y comenzó a hacer aquello que tanto me gustaba. De pie ante ella, la estuve mirando unos segundos. Luego, tomé entre mis manos grandes y fuertes su hermosa garganta y apreté. Ella alzó la cabeza y me miró entre desconcertada y asustada.

No pudo decir ni una palabra. Apreté con toda mi fuerza y vi cómo su hermosa lengua salía de su boca y cómo sus ojos parecían hincharse como globitos y cómo su rostro se iba oscureciendo. Me arañó las muñecas, quiso golpearme, intentó ponerse en pie, escapar. Lo intentó todo, pero yo tenía mucha más fuerza que ella y seguía apretando su hermosa garganta siempre llena de risas lascivas... Apreté, apreté, apreté...

Luego la dejé tendida en la cama y la cubrí con la sábana.

Volví a nuestro dormitorio y me acosté junto a Águeda, que se movió un poco y dijo, suavemente:

—Hoy vuelves muy pronto, cariño.

Yo la abracé, la besé en la frente y sentí una dulce oleada de tiempos de amor, de recuerdos de amor, de fatigas y privaciones, de

la última paz y sosiego de nuestras vidas, de muchas cosas hermosas que nos habían mantenido unidos durante tantos y tantos años.

—Duerme, mi amor... —susurré—. Ya podemos volver a vivir los dos en paz.

—No sé —titubeó Chase, cuando Felicia terminó el relato—, pero encuentro algo raro en lo que me has contado...

—Lo único que puede parecerte raro es que te lo haya contado en primera persona..., pero es que así me lo contaron y no he querido cambiar nada, ni siquiera el modo de hablar de mi confidente.

—¿Quieres decir que conoces al asesino...?

—Así es. Lo conocí hace un par de años, durante unas vacaciones que pasé en Acapulco.

—Caray, Acapulco... —sonrió Chase—. ¡Buen lugar! ¿Quieres más café?

—Bueno, tomaré otro.

—No vas a poder dormir esta noche.

—Mejor.

—¿Todavía crees que vas a saber algo sobre Roscoe Bullock?

—No lo sé. Pero no lo he dicho por eso. No sé si mi reloj va bien... Yo tengo las nueve menos cinco.

—Y yo también. Y francamente, dos horas de retraso me parecen demasiadas. Seamos realistas y larguémonos ya de aquí. ¿Te parece bien?

—El tiempo de tomarnos otro café y fumarnos otro cigarrillo, Chase.

—De acuerdo. ¿Vives en Los Ángeles?

—Claro.

—Yo tamb...

—Oh, por favor, sé perfectamente dónde vives y dónde tienes tu oficina.

—Pues en eso me ganas —sugirió Chase.

—De manera que quieres mi dirección —rió Felicia.

—Para mi colección —dijo Chase.

—¿Sí? Pues yo la tuya no la quiero ni para escribirla en papel higiénico... ¡Qué te has creído!

—Bueno, bueno. —Chase puso su mano derecha sobre la izquierda de ella, maravillándose de nuevo del contraste..., y

entrando de nuevo en erección—, no hay para tanto. Era una broma, mujer. ¡Menudo genio!

—Pues según tengo entendido tú no eres precisamente un cordero cuando te enfadas.

—Es cierto. Con lo simpático que suelo ser y en cambio cuando me tocan las narices me convierto en una bestia inmundada... Y a propósito de bestias, nuestro amiguito el gato se ha largado; debe estar en algún escondrijo bien caliente, después del banquete que le hemos proporcionado. Bueno, más listo que nosotros.

—¿Por qué dices eso?

—¿Acaso no te gustarla estar ahora en un sitio caliente, confortable y aislado del despreciable ajeteo mundano?

—Depende del sitio —reflexionó Felicia—, porque a lo mejor lo que a ti te parece agradable y conveniente a mí no me gusta.

—Pues, por ejemplo, una casita en la playa, con calefacción y hasta con un hogar donde se puede encender fuego, aislada pero no incomunicada, rústica pero no incómoda, sencilla pero confortable...

—¡Oh, cielos! —Se echó a reír Felicia una vez más—. ¡No me digas que me estás hablando de tu casa en la playa!

—Pues sí, precisamente. Está en...

—¡Chase! ¿Cómo he de decirte que sé todo lo que se refiere a ti? Sé dónde está tu casa de Malibú Beach. Lo sé todo sobre ti... ¡Todo!

—Hay una cosa que no.

—¿Qué cosa?

—No sabes cómo hago el amor.

—Ya. Y tú querrías informarme de ello, ¿no es así?

—¿Me creerías si te digo que me he enamorado de ti? —Gruñó Chase.

—Claro que no —murmuró Felicia, desviando la mirada.

Parecía turbada y, como buscando algo que hacer, miró de nuevo al exterior apartando la cortina. Su gesto de sobresalto fue tan visible que Chase se apresuró a mirar a su vez al exterior. La calle no debía tener más de quince metros de ancha. Al otro lado, junto a la acera, había un automóvil del cual habían salido algunos hombres. Uno de ellos, alto, grueso, de facciones blandas y hoscas, llevaba un gorro de piel estilo ruso y fumaba un cigarro habano, metidas las manos en los bolsillos del gabán, esperando al sujeto

que estaba cerrando el coche. El total de hombres era de cuatro, pero Chase Culp sólo tenía ojos para uno, el del gorro de piel: Roscoe Bullock.

El cual, de pronto, bajó a la calzada y comenzó a cruzarla en dirección al bar donde estaban Chase y Felicia. Ambos se retiraron vivamente de la ventana y se miraron con expresión desorbitada. Felicia movió los labios, pero de su boca no brotó palabra alguna.

La idea pasó veloz por la mente de Chase: Roscoe Bullock le conocía perfectamente, de modo que si le veía allí se iba a liar el asunto. Y tres pistoleros además del propio Bullock era un hueso demasiado duro de roer así por las buenas.

Chase se puso en pie rápidamente y tendió la mano a Felicia, que se apresuró a aceptarla y caminar con él hacia el mostrador, detrás del cual el simpático George les contemplaba intrigado.

—¿Hay salida trasera? —preguntó Chase.

—No.

—¿Cómo que no? ¡Cómo que no, maldita sea!

—No hay. Lo que hay es una puerta lateral que comunica con el vestíbulo del edificio, pero no hay puerta de atrás... ¿Les persigue la policía?

La mirada de Chase regresó vivamente hacia la puerta de entrada al bar. Ya no tenían tiempo de nada, así que sacó rápidamente la pistola, que naturalmente llevaba encima, en previsión a cualquier trampa que hubiera podido encerrar el anónimo.

—¿Vas armada? —preguntó a Felicia.

—Claro...

—Bueno, de todos modos procuraremos escurrir el bulto, en esta ocasión, porque cuatro sujetos como ésos... Demonios, ¿dónde tienes la pistola, si puede saberse? ¡No me digas que te la has dejado en el bolso!

Felicia Flammarion negó con la cabeza, se alzó las faldas, dejando visibles unas piernas absolutamente deslumbrantes y retiró de la funda sujeta al muslo el Colt que parecía de juguete. George los contemplaba con los ojos muy abiertos y entre la ya escasa clientela del bar hubo un movimiento de clara inquietud.

La mirada de Chase permanecía fija en la puerta mientras decía:

—Pues sí que tardan en entrar...

—Tal vez no venían aquí —sugirió Felicia.

—¡Claro que venían hacia aquí...! —Chase volvió a mirar al barman—. ¿De qué vestíbulo hablas? ¿Hay apartamentos en este edificio? No me fijé cuando llegué.

—Hay dos... —asintió George—. Hace mucho tiempo que están alquilados, pero casi nunca hay nadie en ellos. Pero cuando hay alguien se nota.

Chase y Felicia cambiaron una mirada. Chase corrió hacia el ventanal y miró hacia el exterior. No vio a nadie en la calle. Sin embargo, Roscoe Bullock y sus compinches caminaban hacia el bar unos segundos antes... O sea, que debían haber entrado en el edificio. Debían estar arriba, en uno de los dos apartamentos. O quizá en los dos, quizá de dos hubieran hecho uno solo, más grande, en aquel discreto, vulgar calle de Santa Mónica.

—¿Qué has querido decir con eso de que cuando hay alguien se nota? —preguntó Chase tras regresar ante el mostrador.

—Pues que se lo pasan fenómeno. Vienen un montón de tipos y un montón de chicas y... ¡hala!

—Hala... ¿qué?

—Pues eso: ¡hala! Venga música y risas y cosas así... Apuesto a que se organizan orgías de espanto. Una cosa es segura: las chicas que acostumbran a venir a esas fiestas están para comérselas. Todas. De primera, ¿comprenden?

Felicia y Chase contemplaban fijamente a George, que hacía gestos de lo más expresivo. De pronto Felicia miró a Chase y murmuró:

—Podríamos llamar a la policía y los atraparían ahí dentro a todos. Siempre seríamos los que habíamos metido en el cepo a Roscoe Bullock.

—No es así, prenda. Quien habría metido en el cepo a ese criminal sería la persona que nos envió los anónimos a ti y a mí... Mira, yo no sé tú, pero yo tengo que hacer algo más que llamar a la policía. ¡Maldita sea mi stampa, llevo yo qué sé cuánto tiempo diciendo que soy el hombre que terminará con ese criminal! ¡No puedo rajarme ahora! ¡Lo tengo ante mis narices!

—No seas loco. Si avisamos a la policía enviarán hombres más que suficientes para...

—¡Al infierno la policía! Quiero ser yo quien cace a esa bestia y

entregarla empaquetada o muerta. Pero bueno, tú quédate aquí, no tienes por qué jugártela conmigo.

—¿Qué piensas hacer exactamente?

—Me gustaría sorprenderlos, pero no sé cómo. Y subir y llamar a la puerta me parece de tonto...

George, que iba mirando de uno a otro con los ojos saltones, intervino en la conversación:

—Bu... bueno, en mi cuarto hay una ventana que... que da al patio de atrás, que da al interior de la manzana...

—¿De qué estás hablando? —Le miró Chase.

—Esos dos apartamentos tienen ventanas que también dan al patio de atrás. No es nada difícil alcanzar esas ventanas... Pero oigan, ¿qué pasa?

—Te voy a pedir un favor, George: cierra la boca y el bar. ¿Okay? Y acto seguido llévanos a tu cuarto. Aunque no... Lo haremos mejor. Escucha, prenda, tú te vas a quedar afuera después de avisar a la policía. Si ves que salen, no se te ocurra intentar detenerlos. Pero lo más seguro es que consiga sorprenderlos y cuando llegues con la policía los tengamos patas arriba. ¿De acuerdo? Y no es juego sucio por mi parte: toda la prensa dirá que los detectives Flammarion y Culp cazaron por fin a la bestia. ¿Vale?

—Vale —asintió Felicia.

—Venga, tú: llévame a tu cuarto.

George se deslizó hacia el extremo del mostrador, donde había una puerta y Chase le siguió, mientras Felicia se disponía a telefonar... Los clientes del bar habían salido disparados. Afuera caía ahora una lluvia fina y helada que comenzaba a dar un brillo deslumbrante al asfalto.

Chase llegó al cuarto de George, que señaló la ventana en cuestión. Sin más, Chase salió por ella, encontrándose en un pequeño patio atestado de cajas, garrafrones y algunos neumáticos viejos. Había una cornisa que corría por debajo del alféizar de las dos ventanas. Chase enfundó su pistola, colocó dos cajas, se subió a ellas y alcanzó la cornisa, agarrándose a ella, e impulsándose acto seguido de modo que con una mano alcanzó el alféizar de una de las ventanas. El resto fue de lo más fácil para el atlético detective, que en un abrir y cerrar de ojos forzó el cierre de la ventana y entró al dormitorio.

Enseguida oyó el rumor de muchas voces y algunas risas ahogadas.

—Toma qué bien: ¡el canalla se divierte! —masculló.

Se deslizó hacia la puerta y la abrió. El rumor de conversaciones le llegó con más fuerza. Olía intensamente a tabaco. Se oía el tintineo de cristal contra cristal. Hala, venga beber y fumar, venga envenenarse... En alguna parte sonó una risa de mujer.

Chase se asomó cautelosamente, no vio a nadie en el pasillo y salió. Frente a él, tras otra puerta, volvió a oír la risa de mujer. Se acercó a esa puerta y la empujó cuidadosamente. Dentro había abundante luz. Abrió lo suficiente para echar un vistazo y quedó petrificado por el asombro: aquel cuarto era una especie de camerino de artistas y había en él seis o siete chicas jóvenes, altas, guapísimas, completamente desnudas y maquillándose y riendo...

—Tenemos un mirón —dijo una de las chicas.

Chase no se movió, pues comprendió en el acto que como sólo se le veía un ojo por la abertura no le identificaban y debían creer que era uno de los invitados.

—Pues ¡toma, por mirón! —rió una de las chicas.

Se había vuelto velozmente hacia la puerta, arrojando un frasco de cristal. Chase vio un instante la esplendidez de aquel cuerpo vibrando, el elástico brinco de los hermosísimos pechos, el triángulo velludo..., y el frasco, increíblemente certero, llegó a la abertura, pasó por ésta y le golpeó en el centro del pecho. Chase cerró inmediatamente la puerta, tras la cual oyó más risas que antes todavía. Un intenso olor a perfume casi le mareo.

—Ésta es buena: me han acribillado con perfume de puta... Bueno, podría haber sido peor...

Oyó unas voces de hombre acercándose y regresó a toda prisa al cuarto por el cual había entrado en el apartamento, que sin duda era doble. Habían hecho allí una especie de club, al parecer. A través de la puerta le llegó la voz de uno de los hombres:

—Venga, que el sorteo ya está hecho.

La voz de una mujer le llegó mucho más apagada:

—¡Si seguís molestando aún tardaremos más!

—Venga, daros prisa, que el afortunado se impacienta.

Chase oyó alejarse a los dos hombres. ¿De qué estaban hablando, a qué sorteo se referían? Demonios, allá había más de

cuatro hombres, seguro. Felicia debía haber avisado a la policía, que no podía tardar en llegar ni cinco minutos. Qué va, menos todavía.

Oyó salir a las bellísimas chicas al pasillo y abrió cuando calculó que ya no podían verlo. En efecto, ellas caminaban por el pasillo, alejándose, de espaldas a él. Iban desnudas completamente, pero llevaban zapatos de tacón alto y se habían pintado el cuerpo con extraños dibujos amarilloverdosos... Oyó un clamor de bienvenida: las chicas habían llegado adonde las esperaban. Parecía que la conversación iba a subir de tono, pero, de repente, todo quedó en silencio.

En un denso silencio.

Desde el salón comenzó a llegar una música baja, lenta... Era más bien como un latido... como el latido de un corazón gigantesco. Chase saltó del cuarto y se deslizó por el pasillo. No resistía la curiosidad, y, además, tenía el presentimiento de algo malo, de algo horrible.

En el salón se habían apagado las luces, y ahora todo parecía danzar al resplandor de cuatro antorchas. Las ventanas estaban herméticamente cerradas y ocultas por cortinas negras, pero Chase no prestaba atención a los detalles: su mirada fue directa, como enloquecida, a la especie de altar que había en el centro del salón, y sobre el cual yacía completamente desnuda una mujer que tenía la boca sellada con una ancha tira de esparadrapo, que justo en aquel momento le arrancaba rudamente una de las bellezas que antes había visto Chase.

La que estaba tendida en el altar no la había visto. Pudo verle bien ahora el aterrado rostro, y oyó su gemido, que se convirtió en un sollozo puramente infantil..., lo cual no era extraño, pero la muchacha no podía tener más de quince años. Era preciosa, pero no tenía ni los dieciséis, seguro. Chase sintió como si le pasaran un témpano por la espalda, y tuvo la sensación de que se le erizaba el vello sexual, tal fue el repeluzno de espanto que sintió.

La muchacha comenzó a gemir, a tartamudear suplicando que no le hicieran nada, que no le hicieran daño, por favor, por favor, no me hagan eso, no me lo hagan, por Dios...

—Silencio, virginal criatura —dijo una de las bellezas, colocándose junto al altar—. Has sido elegida para disfrutar del

goce de ser poseída por un privilegiado, y tendrás que pasar por el sacrificio...

La mirada de Chase iba como desquiciada de un lado a otro. Era lo único que podía mover, los ojos; el resto del cuerpo lo sentía como si todo él fuese de hielo... Vio a Roscoe Bullock y a sus amigos, aunque le costó reconocerlos, pues estaban cubiertos solamente por una túnica blanca, y Bullock no llevaba su gorro ruso.

Además de Bullock y sus tres matones había cuatro hombres más, tres de los cuales contemplaban al que se acercaba al altar, un sujeto bajo, gordito, adiposo, de no menos de sesenta años, con las facciones más blandas que un bollo y las facciones demudadas por el deseo. Este sujeto, y los otros tres que conocía, estaban desnudos, y, de repente, Chase comprendió lo del sorteo: la chica virginal había sido sorteada entre los cuatro viejos desnudos, y le había correspondido al que se acercaba. Los otros tres estaban ya mirando lúbricamente a las bellas pintadas de amarilloverdoso, que ahora relucía con intensa fosforescencia.

La comprensión de lo que estaba viendo iba llegando despacio a la mente de Chase Culp: se estaban divirtiendo con una jovencita que sin duda habían raptado, y a la que iban a violar posiblemente hasta la muerte unos y otros, pero en primer lugar el viejo blandito, después de que la espléndida «sacerdotisa» cumpliera el rito, fuese cual fuese éste.

Y de repente Culp comprendió cuál era el rito, al ver en la mano de la «sacerdotisa» el reluciente cuchillo que sostenía por encima del cuerpo de la jovencita, que ahora estaba pura y simplemente muda y casi muerta de terror.

—Esta virginal criatura de baja extracción —dijo de pronto la «sacerdotisa»— va a tener el privilegio de ser poseída por un ser superior. Pero ella no merece verlo, ni sentirlo pues podría vanagloriarse de ello el resto de su vida. Por lo tanto, vamos a enviarla al reino de las sombras, donde el placer llega un millón de años después de recibido en el cadáver, sin que el espíritu...

—La puta que os parió a todos —bramó Chase Culp, dando un paso adelante.

Hubo una millonésima de segundo de pasmo, que terminó cuando en la estancia resonó el seco trallazo del disparo efectuado

por Chase Culp. La bala se hundió con blando y escalofriante chasquido en el pecho de la «sacerdotisa» que se disponía a apuñalar a la aterrada jovencita, y la envió violentamente hacia atrás, cayendo de espaldas contra el grupo formado por Bullock y sus matones.

Uno de éstos reaccionó rápidamente, se abalanzó hacia donde había un perchero de pared con muchas prendas colgadas, y metió una mano en busca de su pistola...

¡Pack!, tronó de nuevo la pistola de Culp.

El matón recibió el balazo en el occipucio y fue aplastado contra las ropas, mientras esparcía a su alrededor todo un surtidor de sangre y cabellos. Otro de los malones corría también hacia las armas, y Chase disparó de nuevo, alcanzando al sujeto en pleno estómago. El hombre lanzó un berrido espantoso, saltó dando una vuelta completa en el aire y cayó de espaldas finalmente, con gran revuelo de túnica.

Mientras tanto, naturalmente; en la estancia se había producido el caos. Los «seres privilegiados» entre los cuales se había sorteado la muchacha gritaban, gemían y corrían no sabían hacia dónde, demostrando que no tenían nada de seres superiores; las hermosas «sacerdotisas», tras el momento de sobresalto terrible, y de duda después, cargaban ahora contra Chase Culp, que las vio venir con ojos desorbitados, todas ellas con las manos tendidas hacia él como garras, pintarrajeados los rostros, desencajadas las facciones.

La vacilación en volver a disparar le costó a Chase Culp un tremendo arañazo en la mejilla derecha, mientras recibía en pleno rostro el alarido de rabioso triunfo de la hembra que quería, sin duda alguna, arrancarle los ojos...

La reacción de Chase fue escalofriante. No disparó, pero hundió la boca de la pistola en el estómago de la chica, como si le diese una estocada, y la hembra se derrumbó sin tan siquiera un suspiro, con los ojos en blanco y casi fuera de las órbitas. Otra de las fieras se disponía a agarrar a Chase por los cabellos, al tiempo que dos más pretendían sujetarlo por los brazos... Chase aplicó a la primera un cabezazo en la frente que se la abrió como si fuese papel mojado y que dejó escapar en seguida como una cortina de sangre que cegó a la bella, la cual cayó de rodillas bramando como una vaca. Chase giró el cuerpo, lanzó un rodillazo al sexo a la chica que pretendía

sujetarle por aquel lado, y mientras la muchacha retrocedía a traspiés, Chase derribó a la otra de un directo en la boca que le partió varios dientes.

Sin más consideraciones, Chase echó a correr hacia la puerta del doble apartamento, pues por allá habían escapado Bullock y el matón que le quedaba... Vio a su derecha a los cuatro viejos criminales viciosos y, turbia la mirada, sin más, se desvió hacia ellos, identificó al «afortunado» en el sorteo y le atizó en los testículos un patadón bestial que como mínimo debió reventárselos. El hombre no dijo ni pío. Su rostro se desencajó, y él comenzó a caer como arrugándose, como un viejo globo que va perdiendo aire lentamente.

Chase se desentendió de los otros tres y de las aterradas «sacerdotisas», y salió disparado del apartamento, lanzándose escaleras abajo. Todavía alcanzó a oír las últimas pisadas de los dos hombres antes de que saliesen a la calle.

—¡Felicia! —aulló Chase—. ¡Felicia, que salen!

Cuando apareció él en la calle vio en seguida a Felicia Flammarion, de pie en la acera y apuntando hacia los dos hombres que corrían hacia el coche, semejantes a fantasmas bajo la lluvia.

¡Crac, crac, crac!, ladró el pequeño Colt de Felicia.

Bullock lanzó un alarido, se llevó la mano a la pierna derecha, y continuó corriendo, mientras el último de sus malones parecía lanzarse a una piscina; cayó de bruces al mojado suelo y se deslizó varios metros sobre el vientre, hasta quedar inmóvil, ya cadáver.

En aquel momento Bullock llegaba al coche, en el cual quiso entrar, sin conseguirlo, pues su compinche lo había cerrado. Lanzó un grito de rabia, rodeó el coche y dio un tirón de la otra portezuela..., que se abrió, en contra de lo que esperaban Felicia y Chase, que ya soñaban con cazar vivo al criminal... y que ahora sin duda iba a pretender escapar. Cosa que tenía harto difícil, pues Felicia descargó su arma contra el coche, reventando los dos neumáticos delanteros y el parabrisas, que formó bajo la lluvia de agua una lluvia que parecía de diamantes.

Inopinadamente, Roscoe Bullock salió del coche, con una automática en la mano, y aulló, apuntando a Felicia:

—¡Me cago...!

¡Pack, pack, pack!, disparó Chase Culp, desde menos de diez

metros.

Bullock pareció talmente un espantapájaros alcanzado por un vendaval. Saltó, giró, cayó sobre el asfalto, rebotó, se deslizó y quedó en el centro de la calle, el agua lavando la sangre que brotaba de las tres heridas mortales recibidas, y la túnica subida casi hasta las axilas de modo que se veía lodo su cuerpo desnudo, blanco y asquerosamente lampiño, salvo el punto negro de los genitales.

Se oía ya la sirena de dos coches policiales.

Chase se acercó a Felicia y preguntó con voz tensa:

—¿Estás bien?

Ella asintió. Estaba demudada. Pero tenía más coraje que una pantera, al parecer, porque se las arregló para sonreír y decir:

—Francamente. Chase, yo no diría que aquí hayas utilizado gran cosa las sutilezas del factor psicológico.

—Maldita sea mi stampa —masculló el detective.

ESTE ES EL FINAL

Era casi la una de la madrugada cuando Chase Culp y Felicia Flammarion salían del Police Department de Santa Mónica y se encaminaban hacia donde habían dejado sus respectivos coches. Por el camino Chase encendió dos cigarrillos y tendió uno a Felicia.

—Caray —dijo—, no se puede decir que hayamos perdido la noche, ¿verdad? Hemos quitado de en medio a Bullock y a su banda de puercos criminales, hemos rescatado a una muchacha y hemos evitado que las orgías como ésa continuaran... ¡Demonios, no se nos puede pedir más!

—Yo creo que no —acordó Felicia.

—Pero queda algo en el aire —frunció Chase, deteniéndose—. No sabemos quién ni por qué nos envió los anónimos.

—Chase, por favor, no seas tonto. Fui yo, naturalmente.

El cigarrillo escapó de los labios de Culp y le cayó ante los pies. La boca estuvo abierta unos segundos. Luego, el detective masculló:

—¿Qué?

—Había conseguido trabar amistad con uno de los matones de Roscoe Bullock, uno de los que tú mataste en el salón de los sacrificios... Supe que había un tipo que buscaba mujeres jóvenes, espléndidas y sin escrúpulos, y me las arreglé para hacer contacto con él. Supongo que le convencí de que podía adaptarme al negocio, y que debió ser por eso que me dijo que estuviera hoy, es decir, anoche a las nueve en la dirección de marras.

—¿Cómo, a las nueve? ¡El anónimo decía a las siete!

—Ya. Bueno, yo te envié uno a ti y me preparé otro para mí porque no sabía cómo ibas a reaccionar, ya te dije que me parecía que eras... de otra manera. Y puse a las siete para ver si en dos horas te conocía bien y podía adaptarme a tus defectos.

—Atiza, prenda. Oye, ¿cómo convenciste al tipo aquél de que podías... adaptarte al negocio? ¿Te acostaste con él?

—Casi. No llegamos a eso, pero el muy puerco me dio un repaso que tuve que bañarme tres veces para desprenderme de su tacto. ¡Guarro!

—Sí, comprendo. Todos somos un poco... ¿Mis defectos? ¿Por qué demonios has de adaptarte a mis defectos?

—¿Es verdad que te has enamorado de mí?

—Vaya que sí.

—Pues en eso te gano por la mano: yo hace tiempo que estoy enamorada del gran Chase Culp, así que en cuanto tuve en las manos el asunto de Bullock, me dije: ¡ésta es la mía, voy a hacer contacto con Chase, le voy a ayudar, me lo voy a llevar a la cama y le voy a gustar tanto que nunca más se irá con otra chica!

—Caray... —sonrió Chase—. ¡Caray, carambolas!

—De modo que... ¿qué? ¿Nos vamos a tu apartamento o al mío a matarnos a besos y demás?

—Te voy a decir lo que no quise decirte en el bar, golosa —bajó Chase confidencialmente el tono de voz—: me tenías al borde del colapso de tanto entrar en erección. ¡Estás más buena que la vida, prenda!

Felicia Flammarion lanzó un grito de gozo, y exclamó:

—Entonces, Chase..., ¿de verdad nos vamos juntos a mi apartamento?

—Cariño —dijo Chase Culp, tomando el bellísimo rostro arrebolado con sus manazas nervudas y velludas—, a mí no me sacan de tu apartamento ni para nombrarme presidente de los Estados Unidos.

Sin comentarios.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

CUPÓN VÁLIDO SOLO PARA ESPAÑA

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLE

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR



8 410018 034775

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA 90 PTAS.

IMPRESO EN ESPAÑA



